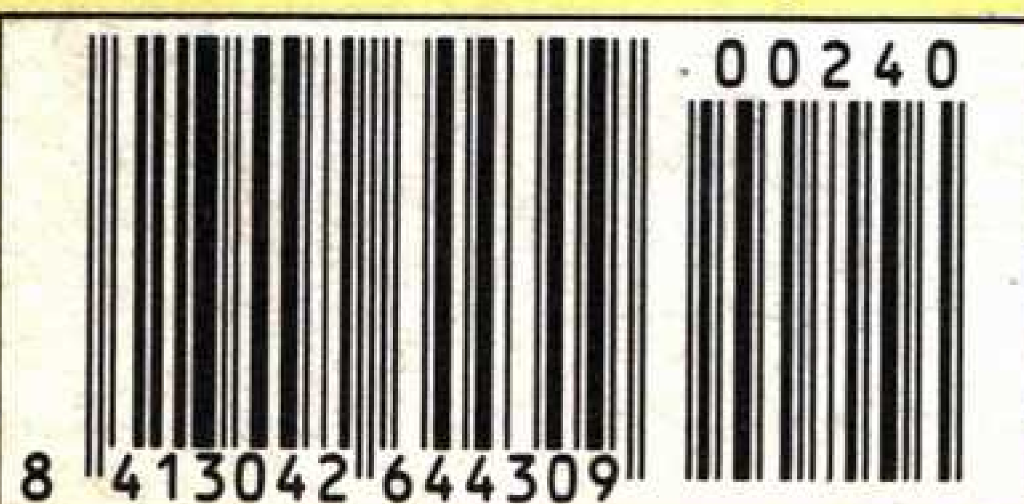
# CUADERNOS historia 16

# La revolución de 1905

E. Hernández, J. M. Solé y J. Gil




240

175 ptas

# historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.

PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.

DIRECTOR GENERAL: José Luis Samaranch.

DIRECTOR: David Solar.

SUBDIRECTOR: Javier Villalba.

COORDINACION: Asunción Doménech.

REDACCION: Isabel Valcárcel, José María Solé Mariño y Ana Bustelo.

SECRETARIA DE REDACCION: Marie-Loup Sougez.

CONFECCION: Guillermo Llorente.

FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.

CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.

Es una publicación del GRUPO 16.

REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid: Hermanos García Noblejas, 41, 6.° 28037 Madrid. Teléfonos 407 27 00-407 41 00.

Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.

SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 268 04 03 - 02.

PUBLICIDAD MADRID: Pilar Torija.

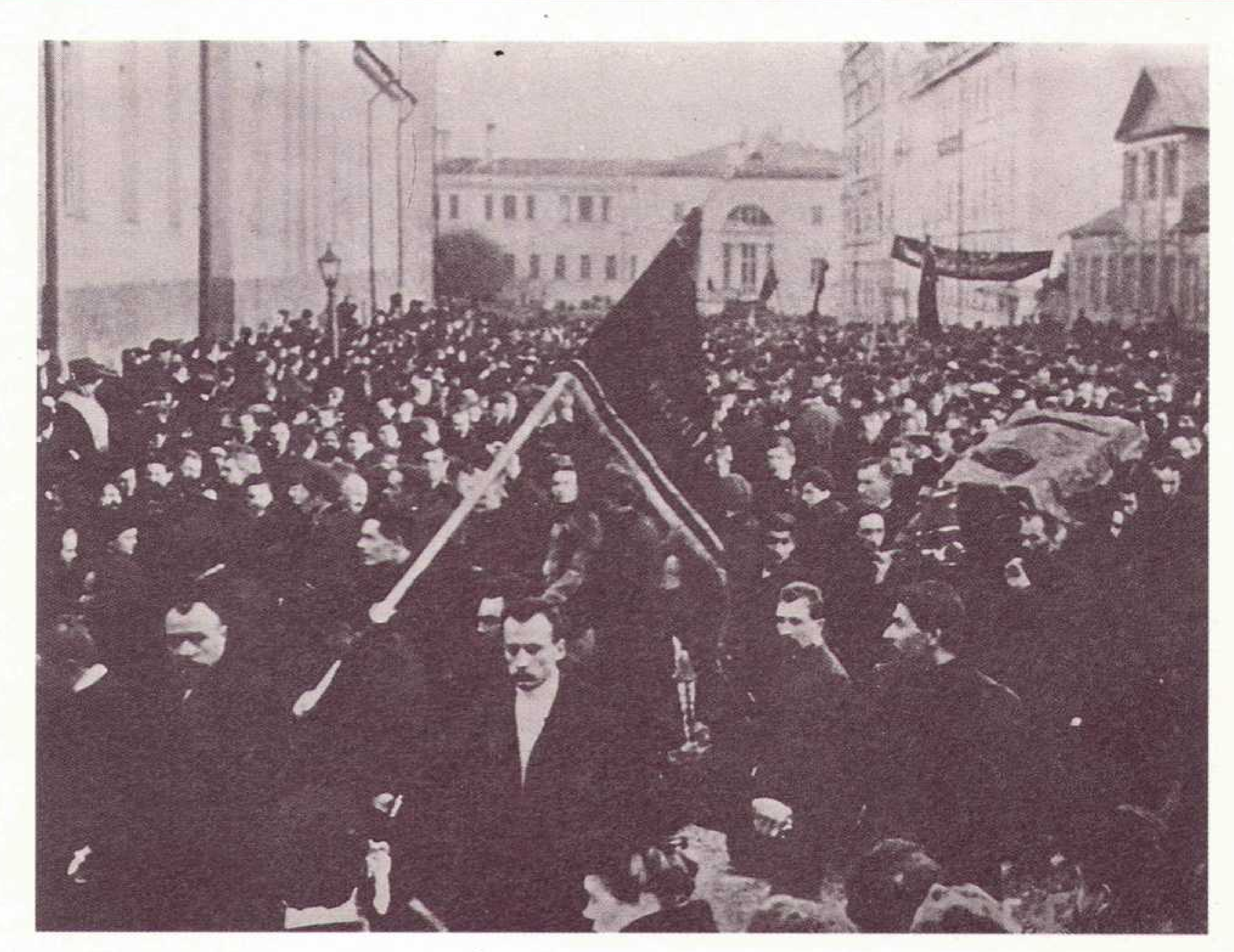
IMPRIME: MELSA.

DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avenida Valdeparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).

Depósito legal: M. 41.536. — 1985.




*Con el patrocinio cultural de la Junta de Andalucía*



*Entierro de un huelguista muerto durante una manifestación. Moscú, 1905*

# Indice

# La autocracia zarista


**Elena Hernández Sandoica**

Historiadora. Profesora de Historia Contemporánea.
Universidad Complutense de Madrid


VISTO desde Occidente, el Imperio de los zares parece en 1904 muy distinto de aquel otro momento, en 1854, cuando hacía frente a las potencias europeas con una organización económica y militar anticuada. Rusia no es ya, simplemente, y como era entonces, una sociedad feudal inflexible y estancada, sino que se ha visto obligada a afrontar el reto de la modernización, aun a su pesar.



Después de Crimea, en efecto, la autocracia zarista no puede contentarse con sostener el desafío de las monarquías militares de Europa central, sino que ha de enfrentarse también al de los nuevos regímenes liberales que, al otro extremo del continente, han ido modificando las estructuras tradicionales.

Rusia es, pues, y en ello le acompaña la propia Europa central, un antiguo régimen que, un día u otro, debe acudir a la cita con un gran proceso revolucionario. Lo hará más tarde que Alemania o Austria-Hungría, en donde la huella napoleónica facilitó el camino de las reformas burguesas. Su victoria frente a los invasores, prusianos o franceses, garantizó la inmutabilidad y la esclerosis.

Cuando, por fin en 1861, se aborden las primeras y mínimas medidas —necesarias para cualquier desarrollo, por pequeño que éste fuese— de los sectores no agrícolas de la economía, lo cierto es que aquella abolición de la servidumbre que entonces se decretaba se ha convertido ya, para siempre, en una medida insuficiente y tardía.

Para entonces, el grandioso escenario ruso se veía requerido por una nueva instancia, por nuevas exigencias de la competición mundial. No había superado aún, sin embargo, el reto de la liberalización política y económica, y cuantas medidas —de nuevo insuficientes y timoratas— se adoptaron, insertas en un marco de contradicciones crecientes, sólo iban a ser capaces de neutralizar, retrasar o —incluso— precipitar los choques. Veamos brevemente en qué consistieron aquéllas.

## *Medio siglo de transformaciones*

Nadie puede negar el profundo torbellino que, llegando hasta la tempestad, conmueve al conjunto de la sociedad rusa, primero de manera más lenta, después lanzándola con fuerza hacia la revolución y la guerra prolongadas. Pero, aunque ello sea evidente, es precisamente esa disposición finalista de los acontecimientos (1905 y 1917 como hitos de la profunda conmoción social) la que ha inducido a los especialistas a proporcionar explicaciones muy distintas a propósito de los cambios producidos en el tejido social ruso antes de 1905.

Para la historiografía monárquica y conservadora, el Imperio venía disfrutando de un progreso rápido, producto del buen entendimiento entre el zar y sus súbditos, así como de la eficaz defensa de los valores tradicionales del espíritu ruso, que el campesinado se encargaba gustoso de realizar. La ruptura del equilibrio habría venido entonces de una conspiración de elementos extraños, ajenos y enemigos de aquellos valores, cuya corrupción se conseguiría a base de la propaganda y el engaño.

No merece la pena —creemos— detenerse en este tipo de análisis, ni en las versiones de la historiografía oficial soviética, según las cuales el triunfo bolchevique habría de acontecer ineluctablemente. Un amplio panorama de corrientes liberales, junto al magno esfuerzo de explicación —también muy diversificado— de matriz marxista, en cambio, sí pueden proporcionar la luz suficiente para penetrar, hoy por hoy, en el alcance de aquellas transformaciones.

Los analistas de corte liberal, por su parte, han tendido a sobrevalorar la firmeza y viabilidad de los cambios sociales y económicos que se estaban produciendo (si bien es verdad que el acento se sitúa después de 1905 y antes de 1914), cambios que, según la mayoría, habrían conseguido convertir a Rusia en un país constitucional, industrializado y culturalmente próspero... La guerra, sin embargo, como funesto accidente histórico, habría truncado un proceso natural de desarrollo, similar al de otros países de la Europa occidental.

Para el marxismo, por el contrario —y ello formaría parte de la reflexión teórica subyacente a la conquista del poder por los bolcheviques—, nunca aquellas transformaciones hubieran conducido a Rusia por los senderos del liberalismo. La dinámica del imperialismo capitalista lo impedía ya, al tiempo que las clases dirigentes rusas no eran tampoco representativas de las fuerzas sociales que despuntaban con mayor o menor conciencia y vigor.

Aquí residiría precisamente el campo de exploración más fecundo, y hacía él se orienta todo un conjunto de estudios recientes, que tratan de conciliar propuestas defendidas por los liberales con otras de carácter radical. En otras palabras, se trataría de indagar en los posibles caminos de la modernización y el reajuste eco-





*Alejandro II* (arriba, izquierda), *Alejandro III* (arriba, derecha), *detalles de dos postales de la época. Coronación de Nicolás II en la Catedral de Moscú en 1894* (abajo)



nómico y social a lo largo de un período en el que la dinámica de interacción entre la actuación del Estado y las respuestas de determinados sectores sociales (grupos de la nobleza, así como burguesía industrial y comercial, sobre todo) sería mucho más compleja de lo que hasta hace muy poco se ha venido manteniendo.

No obstante, interpretar las relaciones entre un Estado como el zarista —profundamente estático— y una sociedad civil que, sin llegar a conformarse básicamente, entra más bien en proceso de descomposición, es obvio que reviste enormes dificultades. Por ello incorporaremos a este breve resumen sólo una pequeña parte de toda esta nueva corriente interpretativa.

Tratando de evaluar ya las propias reformas, nos encontramos, pese a todo, con un fuerte conservadurismo en la intención global. El primer paso es la *emancipación,* en 1861, de más de veinte millones de siervos, que habrán de comprar su libertad individual a través de un canon de redención que les vale un pedazo de tierra.

Trataba con ello el legislador, en principio, de impedir una proletarización inmediata de esa mano de obra que, al quedar encuadrada obligatoriamente en el *mir* (o la *obschina),* sólo era en realidad libre para fomentar su sentido comunal. La industrialización no forma, pues, parte del proyecto económico de base que informa la abolición, sino que, por el contrario, conllevaría un intento de retrasarla en todo caso.

En realidad, y por el hecho de que la comuna, en su totalidad, era responsable del pago de unos impuestos que se repartían entre sus miembros, la emigración de alguno de éstos era seriamente obstaculizada por el resto, reacios a cargar definitivamente con su parte. De este modo, a través del estricto control de los permisos concedidos a los campesinos que trabajan temporalmente fuera de la aldea, la comuna proporciona a la industria sólo una mano de obra restringida, a precio conveniente a pesar de todo, proporcionando al tiempo ayudas mucho más significativas a aquellos grandes propietarios que contratan temporeros únicamente en momentos de cosecha.



Eran los grandes terratenientes, en efecto, los principales beneficiarios de las reformas de 1861, como venía a demostrar, tres años más tarde, la organización de los *zemstva.*

Este cambio profundo en la administración local liberaba a los señores de sus antiguas obligaciones: ya no les correspondía conservar el orden en las circunscripciones de manera exclusiva y tranquilizadora para el poder central. Ahora, después de que les ha sido repartida buena parte de la tierra, una representación electa de los principales grupos sociales iba a encargarse, en cada uno de los *zemstva,* de asegurar la policía rural, la salud pública y los servicios sociales mínimos.

Parte de aquella nobleza, la más liberal y consciente de su función representativa, trataría con el tiempo de forzar el mecanismo, aspirando a competencias de tipo fiscal y presupuestario, proponiendo reformas de carácter autonómico, tratando en ocasiones de hacer de la red administrativa local una plataforma de apoyo al constitucionalismo. Intentaban defender, en suma, lo que de perdurable les ofreciera la monarquía, y por ello fue un movimiento encarnado en parte por un sector de la burocracia, liberalizante, que halla sus orígenes en las relativas facilidades ofrecidas por el reinado de Alejandro II.

Junto a ellos, trataron también de utilizar el *zemstvo* como plataforma de servicio a la comunidad un sector de la *intelligentsia* profesional, encaminada por los senderos de la modernización y no por los del salto revolucionario. Unos y otros vieron frustrado su intento: las fuerzas ultraconservadoras que rodeaban a Nicolás II lo habían hecho inviable ya a la altura de 1905, y mucho más todavía —y a pesar de las tímidas concesiones al constitucionalismo— doce años después.

Mas volvamos a las reformas. Junto a la *abolición de la servidumbre* y la nueva *administración local,* emprendió el gobierno imperial la construcción de un nuevo *sistema jurídico,* de carácter más abierto, y comparable en parte a otros occidentales: introducción del jurado, inamovilidad de los jueces y profesionalización en los criterios de selección, asistencia de un abogado a los acusados...

Un grave defecto (marginar al campesinado de estas normas, para seguirles aplicando el derecho consuetudinario por tribunales especiales) resta credibilidad a la nueva construcción de un orden legal de carácter burgués. El código civil, por su parte, comenzado a principios del siglo XX, no se hallaba concluido todavía en 1917.

Una cuarta medida de importancia salda, en definitiva, el reinado de Alejandro II. Se trata de

la adopción del *servicio militar* obligatorio, que pondría fin en 1874 a las levas forzosas. A medio plazo serviría para profesionalizar los cuadros medios de la oficialidad, enormemente más preparada, en 1914, que la cúpula del mando. Del mismo modo, la obligatoriedad del servicio en filas contribuyó, sin duda, a la integración del campesinado (incluyendo las poblaciones alógenas) en la sociedad civil del Imperio, en constitución. La *alfabetización,* a pesar de lo discutible de su eficacia, se erige ahí como sustrato inevitable para la modernización propuesta.

## Desarrollo y limitaciones de las reformas

Algo hemos dicho ya, a propósito, al referirnos a la escasa capacidad de los delegados en los *zemstva* para orientar su labor en sentido constitucional, con las consiguientes mejoras en higiene, técnica agrícola, etcétera. O también cuando avanzamos más arriba la traba material que ligaba al campesino a su tierra, prácticamente prohibida por la colectividad la posibilidad de probar suerte en otra parte, si es que las cosas empeoraban.

Al parecer, no es que los lotes entregados a los campesinos fueran insuficientes en el momento de su concesión, 1861, sino que, con el crecimiento demográfico explosivo que se produjo entonces (un tercio de los europeos viven en 1900 en Rusia; un cuarto lo hacían en 1860), dicha tierra se haría realmente irrisoria en su valor económico. A ello habría que añadir que, distribuidas periódicamente las parcelas, y siguiendo cultivos de tipo medieval en tres hojas, ausente también el capital, en buena medida, de la explotación campesina, pervivía ésta anclada a métodos y resultados primitivos, producto de una real infrautilización del suelo.

Este es el origen del *hambre de tierras* que los propios campesinos y sus ideólogos *narodniki,* los populistas, convirtieron en clamor hasta los confines del Imperio. Cuanto más se agravaba la crisis —y no hay que olvidar que a este problema estructural se suma en la década de los ochenta la común crisis europea de la producción cereal— más fuerte es la petición inmediata del *reparto* del suelo.

Entregar las tierras cultivables a manos de los campesinos era, para muchos, la única solución a un conflicto creciente. Y, sobre todo, en cuanto que la reforma de 1861, al repartir la tierra entre terratenientes y campesinos, había venido a romper un antiguo conformismo de orden teológico, el tradicional concepto de la justicia interiorizado por el campesino.

Mientras el antiguo régimen del suelo pervivió, la mayor parte del campesinado creyó, resignadamente, que ellos pertenecían al señor, pero la tierra que con sus manos trabajaban era de Dios. Era, pues, ilegítima la distribución efectuada ahora a sus antiguos dueños. Libres ellos, la tierra también lo era para seguir *toda* bajo su patrocinio.

La *ausencia de movilidad* debió ser, no obstante, la definitiva causante de este hambre de tierras no satisfecha, originada además en las regiones agrícolas del centro, donde el suelo era menos fértil. Como fue también, aunque después hemos de volver sobre ello, la culpable inmediata del retraso en la formación de un proletariado urbano permanente y susceptible de organización.

Sin embargo, la destrucción de las trabas comunales no llegó a obsesionar sino a los socialdemócratas rusos, en tanto que gobernantes y populistas, antes de la intervención de Stolypin, ya en 1906, siguieron viendo en el *mir* la única forma de garantizar el mínimo de subsistencia vital para el campesinado más pobre, el *bedniak.*

Los mayores inconvenientes, las contradicciones más graves, siguieron, pues, insertándose en el marco de la economía y organización social agrarias, como no podía por menos de ser

*Cocheros rusos a comienzos del siglo* XX (izquierda)

*A comienzos de siglo los campesinos seguían aferrados a los métodos de cultivo tradicionales*





en un país cuyo 80-85 por 100 de la población se vinculaba al medio campesino. Pero todavía hay más. Cuando la autocracia adopta la decisión consciente de *industrializar* el país, ello revertirá como un coste adicional sobre las espaldas del campesinado, que verá así unirse a los factores permanentes de su ruina (menos tierra y prohibición de emigrar) un alza creciente del precio de la tierra a lo largo de las últimas décadas, así como una política oficial de crecimiento económico que se traduce en la *creciente tributación* impuesta por los gobiernos y la reducción consciente del mercado interior.

## La industrialización

Dicho de otra manera, para financiar los primeros ferrocarriles, el Estado ruso —que pretende con ello potenciar su presencia internacional— se ha lanzado a una política de empréstitos exteriores y de exacción tributaria, en la que después utilizará como instrumento eficaz la necesaria incorporación del rublo al patrón oro.

De Witte, ministro de Hacienda, concibió y ultimó los planes de una industrialización acelerada, ya en el último decenio, que —agravando los costes de carácter social iniciales— no haría sino proseguir en la dirección antes emprendida. Pero primero, en el bienio de 1891-1892, una poderosa oleada de hambre había asolado el campo, revelando a las claras la absoluta indefensión del campesino, la precariedad de su existencia, en un período crítico en que la cantidad habida en Rusia de trigo por habitante era bastante menor que en 1860. ¿Qué había ocurrido, por tanto?

Brevemente expuesto, que la clase dirigente había prestado oídos a la llamada que, desde la incitante concurrencia de orden industrial, se lanzaba a los cuatro vientos en aquellas décadas: *La competición internacional* —son palabras del ministro Witte— *nos espera. Si no tomamos medidas decisivas y enérgicas, con las que nuestra industria pueda satisfacer las necesidades de Rusia y de los demás países asiáticos que están o debieran estar bajo nuestra influencia, entonces las industrias extranjeras rápidamente crecientes se establecerán en nuestra patria.*

Es un alegato clásico en la época del imperialismo, que no excluye —como la propia historia de Rusia demuestra— el recurso inmediato al capital exterior. El *Estado,* como gestor de esos capitales, asumió entonces sobre sí la tarea sustitutoria de la construcción de un *mercado,* se erigió en principal comprador de una *industria pesada,* e implantó sus consiguientes aranceles *proteccionistas.*

A la recelosa huida de la industrialización que habían significado las reformas de los años sesenta, sucedieron ahora, en los noventa, los elogios obsesivos y la prosecución a ultranza de un proceso de industrialización rápido y orientado hacia el consumo estatal.

El *ferrocarril* fue así el máximo objetivo, y la importación de avanzada *tecnología* extranjera, un mecanismo sustitutorio del factor trabajo, generalmente insuficiente en cantidad y calidad.

En relación con este voluntarista —y efectivamente exitoso y sorprendente— proceso, el problema campesino se agudiza. Por sus características (industria pesada y no de consumo, importante financiación exterior, etc.), la industrialización de los zares no viene a procurarse la ampliación del mercado interior, sino al contrario, pretende y consigue la *restricción en la capacidad de consumo de las masas agrarias.*

Witte se vio obligado a contar con un gran excedente comercial que asegurase aquellos intercambios. Lo había de buscar, forzosamente, en la producción cereal, y de ahí la continua política gubernamental de gravar fuertemente al campesinado, para obligarlo a prescindir de buena parte de unas cosechas que, en otro caso, hubieran sido destinadas al consumo personal.

Halló dichos excedentes agrarios, bien es verdad, pero con tan mala fortuna que, a pesar de que entre 1880 y 1900 las exportaciones de trigo ruso se duplican, apenas aumentó su valor. La caída de los precios internacionales, producto de la competencia de los países jóvenes, había venido a incidir sobre esta dinámica. Y no sólo afectaría, lógicamente, a los grandes propietarios rusos, aunque muchos de ellos comenzaron a vender sus tierras, incapaces de adaptarse a los nuevos tiempos.

Desde el punto de vista de las grandes estadísticas (que sin embargo eluden la realidad artesana y manufacturera, sin duda todavía muy importante en el contexto del Imperio), qué duda cabe de que el crecimiento industrial de este modo promovido alcanzaba resultados nunca vistos. Una tasa de crecimiento anual del 5 por 100, para el período que va entre 1888 y 1913, susceptible de elevarse hasta el 8 por 100 en los últimos momentos, y capaz de remontar las crisis de 1900-1905 y, después, 1907-1909, no había sido alcanzada ni por Alemania siquiera.

La modernización del equipamiento industrial coexiste, sin embargo, con la más primitiva organización, incluso dentro de las mismas empresas, y es frecuente el choque de concepciones entre los técnicos importados y los responsables de la distribución comercial, acostumbrados a viejas triquiñuelas, poco acordes con la racionalización del gran capital y sus métodos.

Pero lo más grave para el propio régimen que la promovía, es que esta maquinaria, en sí misma, encerraba profundos peligros para la estabilidad y pervivencia del sistema.

Las fuerzas sociales que se organizaron en torno, la burguesía industrial y el proletariado, forman una vertiente, en perpetuo conflicto interno, de esta amenaza. Pero en el otro la-




EL IMPERIO RUSO (1800-1914)

G. LLORENTE



do, una vez más, se levanta poderosa la inmensa humanidad del campesinado, consciente ya de su absoluto abandono; descubriendo —después del *domingo sangriento* con toda claridad— la falacia del paternalismo zarista, sorprendido, en definitiva, por el desmoronamiento de la figura del autócrata como *símbolo* y como *mito.*

## *La reorganización de las fuerzas sociales*

Es evidente que, a pesar de todo, el Gobierno no había querido quebrar lo que, a sus ojos, constituía en el campo un sistema armónico de relaciones sociales. Preocupado por las dificultades de adaptación de la nobleza a las nuevas circunstancias impuestas por la crisis agraria, buscó proporcionarse un apoyo suplementario en este grupo social, sin conseguirlo. Pero, al tiempo, pretendió defender al campesinado pobre de la rapiña de una nueva figura, el *kulak,* poco atractiva para la mayoría y objeto de fuertes críticas, tanto por parte de los nobles, que veían en el campesino enriquecido, sin duda, un peligroso competidor, como por diversos sectores de la *intelligentsia.* Así, los social-revolucionarios y los eslavófilos, que encarnaban en aquél los males de un capitalismo individualista, incompatibles con los tradicionales valores de la comuna campesina; o los idealistas, para quienes una conducta basada en la obsesión de la riqueza material era moralmente reprobable. Sólo para los socialdemócratas, que no compartían desde luego la escala de valores del *kulak,* sería éste una categoría social progresiva, como agente de destrucción de las feudales trabas comunales. Ni que decir tiene que fue uno sólo, y no el principal, entre los interminables debates que ocuparon a la *intelligentsia* radical y revolucionaria.

Peso propio y entidad material creciente llega a tener por fin, a finales de siglo, el *proletariado urbano,* ya cada vez más alejado de su aldea (a la que hasta hacía poco —o todavía en parte— volvía para ayudar en las tareas de la recolección), y cuyos impuestos compartía. Sus lazos con otros sectores urbanos, no obstante, están muy lejos de dibujarse y lo único cierto viene a ser la crudeza incuestionable del choque sufrido por esa nueva capa social, al verse confrontada a dos modos de vida tan diferentes. Le esperan en la fábrica (a veces de siniestra construcción) once horas de trabajo, salarios de miseria y la frecuente reducción de los mismos por una aleatoria imposición de multas que la ley permitía a los patronos. La Administración central, sin embargo, y a pesar del temor que le infunden, quiere demostrar su preocupación paternal por la suerte de los obreros y decreta —ya en los años ochenta— una normativa de carácter laboral relativamente avanzada. Bien es verdad que, en la práctica, no se preocupó demasiado de sancionar su frecuente incumplimiento.

Apenas tres millones de trabajadores en 1905, los primeros desórdenes habían tenido lugar en el sector textil y un fuerte carácter *luddista,* similar a otros momentos y ocasiones de la protohistoria industrial.

Hasta finales de los noventa, en 1895-96, y sobre todo en San Petersburgo, no es posible encontrar una cierta preparación de carácter intelectual —propiciada por los socialistas— en alteraciones de génesis esencialmente espontánea.

Nacieron entonces las *cajas de resistencia,* los *comités de huelga* y, poco después, con apoyo estatal, las *juntas fabriles de diputados permanentes,* encargadas de llevar ante los patronos las quejas de los trabajadores.

La huelga de 1902/3, en el sur de Rusia, vendrá a responder ya, por vez primera, a una agitación política *socialdemócrata,* inmersa sin embargo en sus propias disputas sobre los polos de actuación preferente. Son es evidente, los conflictos entre *economistas* y *políticos* que enfrentan a quienes —dentro del marxismo básico— encuentran su camino inmediato por la vía de las reformas laborales y sociales, con aquellos otros que, seguros de la fuerza de la vanguardia política, están dispuestos a hacer de la derrocación del zarismo meta ineludible y previa a cualquier otra, que exige su activa intervención.

Hasta 1905, la *intelligentsia* revolucionaria socialdemócrata sólo ha conseguido familiarizar a una pequeña parte de la clase obrera con el pensamiento marxista. La conciencia política del proletariado, enormemente débil, lo mantiene todavía más cerca de sus orígenes campesinos que de ese otro desconocido al que ha venido a trasplantarse.

Tampoco el *anarquismo,* complejo y desorganizado en sus diversas tendencias por entonces, consigue en la Rusia de 1900 desempeñar la función de dotar de una conciencia política a las masas.

Más que a los obreros de fábrica, las doctrinas anarquistas convocaban a los artesanos marginados que suspiraban, con Kropotkin, por los tiempos pasados de la manufactura, así como a las capas más pobres de los trabajadores, aislados y en paro, hacinados en los suburbios urbanos. Pero éstos también podían hallar acomodo con frecuencia en las tendencias terroristas *socialrevolucionarias* e incluso ocasionalmente en las filas —organizadas y de eficaz estructura— de la socialdemocracia, que por algo era en Rusia genéricamente revolucionaria y dejaba poca cabida a las tentaciones revisionistas. Ello, sin embargo, no quita para que florecieran, con éxito, los primeros círculos anarquistas en 1903/4 y, sobre todo, para que, llegado el momento, éstos jugaran un papel infinitamente más activo que lo que su estrechez numérica hiciera suponer.

¿Qué espacio queda, pues, para sus patronos? Se sabe muy poco, realmente, acerca de las características propias de la *burguesía* —de sus diversas formaciones, más bien—, en el momento en el que, hacia 1900, entra en la arena pública, dispuesta, por fin, a jugar su papel y ejercer una influencia política para la que, sólo en vísperas de la Gran Guerra, se sentirá madura. Lo que es incuestionable es la seria *oposición* que enfrentó a las distintas burguesías, impidiendo de hecho una toma de conciencia común.

En dicho conflicto permanente, el Estado se halló muy lejos de mantener una posición neta y definida. Por un lado, tenderá a alentar a las empresas modernas. Por otro, dará marcha atrás cuando los representantes de comerciantes y manufactureros tradicionales defienden su causa, con gran aparato de elementos patrióticos y nacionalistas. Y ello sin entrar en la magna confrontación que, desde los años ochenta, se opone a la nueva industria con la nobleza terrateniente, oposición que divide en dos el alma de la burocracia zarista. Y sin hablar tampoco de las nuevas relaciones sociales que la fábrica encierra entre sus muros, que encuentran, ante todo, a unos dirigentes deseosos de mantener la *paz social,* pero que descubren al tiempo su profunda desconfianza, ya conocida, hacia los valores burgueses e industriales.


No podemos dejar de mencionar tampoco su proximidad a determinados sectores de la burocracia reformista, su apoyo a determinada *intelligentsia* profesionalizada, que hallaría plataforma de expresión en marcos restringidos, pero públicos. Como tampoco es posible silenciar —desde aquellos mismos ámbitos, Universidad y *zemstva,* fundamentalmente— su progresiva búsqueda de derroteros autonómicos, una vez que las medidas represivas, adoptadas en ambos terrenos por Alejandro III, ven relajado su control.

Por último, y recordando igualmente la tiranía ejercida por aquél sobre las *poblaciones alógenas,* sólo nos restaría mencionar aquí que la política de rusificación y ortodoxia nacionalista emprendida por aquellos años, iba a cuajar a finales del siglo XIX en una verdadera campaña de violencia *(pogroms* frecuentes contra los judíos) y restricciones materiales, destinadas a confinar a sus fronteras a las minorías, obligándoselas al abandono de su carácter diferencial, al tiempo que el reconocimiento negativo de éste servía al legislador para actuar de severo juez ante futuras asimilaciones. Después de 1905, todavía más, el problema de las nacionalidades se revelaría en toda su crudeza.

No hay, por tanto, en vísperas de la conmoción de enero de 1905, una homogeneidad de intereses o un acuerdo político de voluntades, suficiente como para minar las bases de un sistema que ya a pocos satisface. Hay, eso sí, un profundo malestar y una casi total desconfianza hacia la inconmovible autocracia. Esta, que lanzará a su pueblo hacia la guerra con Japón como medio de frenar las alternativas que sabía amenazantes para su futuro inmediato, hallará por el contrario en las sucesivas derrotas una llama viva para su destrucción: el *ukase* imperial que, en diciembre de 1904, trataba de acceder tímidamente a anteriores demandas de liberalización, llegó ya, sin embargo, demasiado tarde.



*Miembros de un comuna agrícola a comienzos del siglo XX*




LA INDUSTRIA EN LA RUSIA EUROPEA, 1905




*Los zares Nicolás y Alejandra en una postal de la época*

# Del Domingo Rojo al Soviet

**José María Solé Mariño**
Historiador

LOS hechos ocurridos el *domingo rojo* en la ciudad de Petersburgo —el día 9 de enero de 1905— constituyen a los ojos del observador una de las más perfectas plasmaciones del revolucionarismo. Causas y actores, escenarios y actuaciones ofrecen una puesta en escena válida para todas las partes interesadas. El carácter de los hechos, múltiple y difuso, se encarna de forma idónea en su principal protagonista, el pope Gapón.

La policía zarista —la célebre *Okrana*— había constituido desde los primeros años del siglo sindicatos oficialistas para que actuasen como compensación de los extremistas formados en la clandestinidad.

Gapón, erigiéndose en dirigente de una denominada *Asamblea de trabajadores rusos de fábricas y talleres,* siguió de forma muy mediatizada los dictados de la policía.

Los años cumplidos en esta tarea le habían acercado a los problemas del obrero ruso. En aquel invierno de 1905, tras participar en la organización de la huelga general en las fábricas Putilov —la mayor empresa metalúrgica de la capital—, decidió encabezar la manifestación de petición directa al zar.

En ese domingo señalado para celebrarla, aquel agente de la policía llevaba el texto reivindicador que se pretendía presentar al soberano, redactado en términos significativamente alejados de toda expresión directamente revolucionaria.

La nota rezaba de la siguiente forma: *Nosotros, obreros de Petersburgo, acudimos a ti, señor, con nuestras mujeres, nuestros hijos y nuestros padres, ancianos e inválidos, a implorar de ti la verdad y tu ayuda. Vivimos en la miseria, nos oprimen, nos abruman con un trabajo agobiante, se mofan de nosotros, no nos tratan como a hombres... Lo hemos sufrido todo con paciencia, pero cada día nos empujan más al borde de la miseria, de la esclavitud y de la ignorancia; el despotismo y la tiranía nos aho-*



*gan... Nuestra paciencia se ha agotado. Hemos llegado a ese terrible momento en que se prefiere morir a seguir soportando tormentos irresistibles...*

A estas frases seguía la petición de convocatoria de una asamblea constituyente y la de solución de los problemas de quienes se veían representados en la manifestación.

Más de doscientas mil personas avanzaban de forma convergente por las cinco grandes avenidas que confluyen en el Palacio de Invierno portando iconos y retratos del emperador, entonando canciones religiosas y el himno *Dios salve al zar.* Un destacamento de caballería atacó las primeras filas, e inmediatamente lo sustituyeron fuerzas de Infantería que dispararon de forma indiscriminada. El gran desastre tuvo lugar muy cerca del palacio, del cual se había ausentado la víspera la familia imperial, advertida de los hechos que se iban a producir.

Las cifras son diferentes según las fuentes, pero resulta verosímil evaluar los muertos en un millar y los heridos en un número superior a los dos millares. El *domingo rojo,* como pasó inmediatamente a denominarse la trágica jornada, pudo haberse evitado si algunos sectores de la administración y la policía hubiesen impedido la formación de los iniciales grupos de manifestantes.

La orden ministerial que anunciaba la estancia de la familia imperial en su residencia de Tsarkoie Selo no fue expresamente difundida. El duro aplastamiento de una manifestación de carácter moderado iba a servir, según esta consideración, de castigo y aviso para las posiciones de tipo revolucionario que proliferaban.

Pero muchos elementos de los estratos medios de la capital se habían adherido a los manifestantes, lo que les convirtió en testigos y víctimas a la vez de la actitud de las fuerzas responsables del mantenimiento del orden. Con esto, las posiciones antirrégimen rebasaban el marco determinado por la pertenencia estrictamente obrera e intelectual, para extenderse a una burguesía hasta entonces fiel al sistema.

Para muchos tratadistas, aquí comienza la cuenta atrás hacia la revolución, fin lógico tras la manifiesta incapacidad del régimen para reaccionar de forma inteligente a cualquier planteamiento que supusiera la más mínima disminución de su poder absoluto.

## La dividida socialdemocracia

En el exilio de Ginebra, Krupskaia, la compañera de Lenin, escribió: *Cada cual comprendía que la revolución había comenzado ya; que el pueblo había perdido su fe en el zar; que ahora había llegado el tiempo en que el despotismo quedaría abatido, en que se levantaría el pueblo grande, fuerte y libre.* En la industrializada Europa central y occidental, los hechos del *domingo rojo* levantaron entre las clases burguesas y obreras la más extensa y profunda protesta.

En una consideración general de los hechos del año cinco, destaca ante todo la inacción de las fuerzas políticas que catorce años más tarde se al-

*Masacre ante el Palacio de Invierno de San Petersburgo, 9 de enero de 1905*

zaron como protagonistas victoriosos de la segunda y definitiva oleada revolucionaria, en particular la escindida socialdemocracia.

En esos momentos, tanto estos partidos de carácter socialista —propugnadores de la inmediata instauración de un régimen republicano— como los de tipo constitucionalista democrático —que aspiraban a una monarquía parlamentaria— conocieron una superación efectiva de sus respectivas posiciones.

La realidad sobrepasó toda posibilidad teórica de acción de la izquierda socialista y de los reformistas moderados. El partido socialdemócrata sufría ya por entonces irreversible fraccionamiento, entre los sectores *mayoritario —bolchevique—* y *minoritario —menchevique*.

En su segundo congreso unificado —Bruselas y Londres, julio de 1903—, las posiciones opuestas en cuanto a la planificación y concepto de la acción revolucionaria se habían manifestado como causa determinante de la desunión. Ahora, con el telón de fondo de unos hechos concretos, volvía el enfrentamiento.

Los bolcheviques —partidarios de una acción directa y definitiva— se hallaban en todo momento en inferioridad de condiciones respecto a unos moderados mencheviques, que poseían mayor cantidad de medios humanos y materiales y más amplias posibilidades de acción entre las clases potencialmente utilizables para la realización práctica de la revolución.

De hecho, ninguno de los dos sectores afianzó posiciones efectivas durante los meses revolucionarios, tanto en los movimientos de índole campesina como en los de signo obrero. Fue la ineficacia práctica, según el historiador británico Edward H. Carr, la tónica general de la actuación de cada una de las dos fracciones enfrentadas. Incluso actuaciones determinadas por una voluntad unificadora quedaron anuladas por una división que se presentaba imparable.

Fue el partido socialista revolucionario —*SR*—, de fuerte implantación en amplios sectores del campesinado y de las clases medias urbanas, quien protagonizó de la mejor forma —pero asimismo con limitaciones— la lucha contra el régimen. Así, mediante acciones de carácter terrorista, los socialistas revolucionarios se opusieron con éxito a sus escindidos rivales socialdemócratas. Con todo, tampoco puede afirmarse que el socialismo revolucionario contribuyera a configurar la acción revolucionaria de forma especialmente destacada, dentro de una situación general promovida por causas que iban mucho más allá de planteamientos teóricos.

## *La posibilidad liberal*

De forma paralela al fracaso de la izquierda, puede situarse la gran frustración que los hechos del año cinco supusieron para el débil proyecto de liberalismo ruso. Se demostró la incapacidad práctica de este reducido liberalismo para reconducir una revolución en dirección democrático-burguesa.

La posibilidad liberal rusa, nacida al calor de las moderadas reformas realizadas a partir del año 1860, apareció como una salida lógica a

*Calle de Kronstadt tras el motín de la armada del Báltico y cacheo en una calle*







las posiciones medianamente progresistas de las clases profesionales y la pequeña nobleza terrateniente.

Estos sectores, base de formación de los denominados *zemtsvos,* se vieron en permanente opresión e incapacidad de actuación. Con todo, los *zemtsvos* —dirigidos sobre todo a cuestiones de carácter práctico: sanitarias, educativas, viarias, etc.— canalizaron actividades que intentaban modificar la realidad rusa.

Los *zemtsvos,* aún dentro de una práctica desnaturalización, sirvieron durante los hechos de 1905 como verdaderos elementos unificadores de las voluntades de las clases medias campesinas, hasta entonces sin verdadera integración en un concepto político concreto. El régimen, a pesar de su manifiesta y reiterada cerrazón, intuía las posibilidades moderadas que ofrecían estos sectores, deseosos de libertades políticas facilitadoras del desarrollo material dentro de un sistema impositivo ecuánime.

Ya en 1904, la administración zarista había dado pasos dirigidos al establecimiento de contactos con representantes de estos planos sociales. El liberalismo se presentaba, de esta forma, como perfecto elemento de compensación de cualquier clase de desequilibrio producido por las actividades revolucionarias de los sectores contrarios a la misma existencia del régimen.

El Partido Liberal denominado *Kadet* nació de la idea reformista en el mes de octubre, al tiempo que se promulgaba el bosquejo de Constitución que es el manifiesto del zar, emitido entonces. Pavel Miliukov fue el alma de este partido, que debe su nombre a la Unión de las siglas *K* y *D,* que encabezan su denominación *Constitucional-Democrático.*

La formación, plasmación efectiva de la posibilidad liberal en esos momentos, nacía, sin embargo, bajo un signo negativo, como muy certe-

*El pope Gapón* (arriba). *Primer* soviet *de diputados de obreros de Ivanovo-Voznesens* (abajo). *Feroz represión de una manifestación*





ramente apunta el ya citado Carr. Negador tanto de la autocracia en sentido ilimitado como de los planteamientos de carácter extremista de izquierda, adoleció desde el mismo momento de su creación de este defecto congénito.

El liberalismo ruso pudo suponer el planteamiento real de nuevas formas y estructuras, pero carecía en la práctica del respaldo de la propiedad industrial y comercial, partidaria en principio del mantenimiento del orden vigente y poco abierta por tanto a opciones de transformación del mismo. El partido *Kadet,* siempre dentro de la legalidad impuesta, fue incapaz de superar las carencias que habían rodeado su misma concepción. Ello le impidió acceder a los planos de decisión estatal a los que su mismo conglomerado social de base le hacía perfectamente acreedor. Llegado el definitivo momento revolucionario, se hundió de manera irreversible a manos de opciones más concretas, homogéneas y decididas.

## La insurrección y la huelga

En el año cinco, Rusia observó, por vez primera en su historia, la concreción práctica de la actuación directa del proletariado militante. La insurrección social y la huelga fueron las manifestaciones más ilustradoras del complejo período tratado.

En este momento, la presencia del elemento campesino en acción de protesta contundente adquirió su más alto significado. Las poblaciones agrarias, en directa solicitud de restauración del antiguo e igualitario derecho campesino, se sublevaron pidiendo la socialización de la tierra y la adscripción de la misma a quien la trabajase. Provincias enteras del Imperio se mantuvieron sumidas en absoluta anarquía, determinada además en muchos casos por la combinación de los efectos de la huelga obrera y la protesta campesina.

Los asaltos de los trabajadores agrarios a los cuarteles de la policía y los centros de recaudación de impuestos se convirtieron en hechos comunes. De forma paralela, los ataques contra las propiedades y aun las personas de los hacendados acomodados alcanzaron máxima gravedad, especialmente en la cuenca del Volga y en Georgia.

La huelga, por otra parte, se apoderó de los centros neurálgicos del país, en respuesta a la permanente negativa del régimen a permitir cualquier grado de apertura y consideración objetiva de los hechos.

La más conocida manifestación de protesta contra el sistema autocrático y, asimismo, la más mitificada por el régimen resultante de la revolución de 1917 fue la protagonizada por el acorazado *Potemkin* sobre las aguas del mar Negro. El día 14 de junio, la tripulación del buque inició la sublevación, eliminando a la oficialidad y conduciéndolo hasta Odesa, escenario de violentos enfrentamientos entre los huelguistas y las fuerzas del orden.

Este hecho, alzado hasta los más altos niveles de la posterior mística revolucionaria, no fue, sin embargo, más que uno entre los millares de actos de desobediencia civil que jalonaron por entonces la práctica totalidad del suelo ruso.

El anterior mes de mayo, el número simultáneo de huelgas había ascendido a una cifra superior a las 220.000. A ello había que añadir, en el plano de la degradación general del orden, los sucesivos desastres bélicos sufridos por las fuerzas rusas en su enfrentamiento bélico con Japón en el Extremo Oriente asiático.

Prácticamente, la totalidad de las instituciones

## Los intelectuales

Resulta imposible considerar cualquier fenómeno político en la Rusia contemporánea sin aludir a su clase intelectual. Toda tendencia o movimiento de carácter progresista debía enmarcarse en posturas intelectuales que servirían como elementos de empuje o detención del mismo.

En el año 1905, hacía solamente meses de la muerte prematura de Antón Chejov, el gran anunciador del cambio que preveía para su país. Pero todavía vivía el gran patriarca de las letras rusas, el conde Tolstoi, el aristócrata con pretensiones populistas que observaría con preocupación la creciente degradación del régimen zarista por espacio de un lustro más.

Situado entre el rechazo al sistema imperante y la repugnancia hacia los métodos revolucionarios, el anciano de Yasnaia Poliana traslució en sus escritos del momento esta dificultosa posición. Una posición que, por otra parte y en diferente grado según los casos, abrazó una parte considerable de la clase ilustrada, compuesta por moderados progresistas generalmente.

Resulta especialmente ilustrativa la figura de Máximo Gorki. El escritor proletario, espectador de los hechos del *domingo rojo,* dirigió una violenta proclama de condena al zar y terminó arrestado en la fortaleza de Pedro y Pablo. La presión internacional hizo posible su liberación en octubre y la posibilidad de tomar el camino del exilio.

La constatación de una posibilidad efectiva de llevar a cabo la esperada o temida revolución afectó a todos los integrantes de la *intelligentsia* rusa; muchos configuraron años más tarde la vida cultural bajo las nuevas formas soviéticas impuestas tras 1917.

En el estricto plano literario, los hechos del año cinco tendrán su mayor expresión poética en la obra de Boris Pasternak. Finalizando la década de los años 20, que ya anuncia los rigores del estalinismo, Pasternak cantará aquellos acontecimientos, estimándolos válida prueba de carácter general de lo que doce años más tarde cristalizaría.



КАРИКАТУРНЫЙ
ЛИСТОКЪ
ГАЗЕТЫ ГАЗЕТЪ




*Tres carteles rusos. Los dos de arriba conmemoran la Revolución de 1905. El de abajo es una propaganda del ferrocarril transiberiano, terminado de construir en los primeros años de este siglo*

„Великій путь"

Виды Сибири и ея желѣзныхъ дорогъ.



rusas se manifestaron en contra de la actitud del Gobierno, inflexible en su actitud de fuerza. Academias, universidades, sociedades corporativas, etcétera, exigían la pacificación y normalización del país mediante la implantación de suficientes vías legales de libre expresión.

Por su parte, los recién creados sindicatos obreros —primero, el de trabajadores ferroviarios, seguido por el de impresores—, aun contando con una significativa implantación, se manifestaron incapaces de ordenar un plan unificado de huelga para todo el país.

Esta negativa circunstancia redundó, en definitiva, en perjuicio de los intereses de los huelguistas, cuyo movimiento desorganizado fue perdiendo fuerza al carecer de unidad y cohesión.

## El «soviet»

A partir del 1 de octubre, en Rusia, una institución se erigió en modelo estructural para todo tipo de acción revolucionaria: el *soviet*. Este arquetipo de consejo de poder, organizado y dirigido por los elementos en protesta, sirvió como posterior ejemplo para situaciones localizadas fuera de las fronteras del país.

En el otoño de ese año, el vacío de poder que se manifestaba en Rusia posibilitó la inmediata organización de *soviets* obreros en todas las ciudades que contaban con suficientes trabajadores. Aunque se suele señalar el formado en la capital como modelo de todos los demás, la ciudad industrial de Ivanovo-Voznesensk reclama con toda justicia el honor de haber constituido el primero de la serie.

*León Trotski, alma del soviet de Petersburgo*



Rápidamente, Moscú se sumó al movimiento soviético, decidido a reconducir la situación en beneficio de posiciones abiertamente revolucionarias. Unas posiciones, por otra parte, agudizadas tras la inmediata derrota ante Japón en la lejana guerra asiática. De esta forma, la población trabajadora eligió *soviets* de diputados obreros como válidos sustitutos de unos poderes absolutamente inermes.


El *soviet* de Petersburgo, autocalificado al principio *comité unificado de huelga*, terminó convirtiéndose en una nueva forma de poder revolucionario. A lo largo de 50 jornadas, este arquetípico consejo consiguió una significativa proporción de voluntades de apoyo.

Alcanzó así, en sus momentos de mayor auge, la representación de 550 delegados como cuerpo compromisario de actuación en nombre de una cifra total de elementos obreros que superaba el cuarto de millón. León Trotski, primero como vicepresidente del mismo y en seguida como primer dirigente, fue alma de este *soviet* en su breve pero intensa actuación.

Bajo la dirección de este intelectual revolucionario, el *soviet* de la capital actuó en el plano legislativo de forma práctica. Instauró las libertades de prensa y asociación, la obligatoriedad de la jornada de ocho horas, el control directo de las imprentas existentes, las comunicaciones y los transportes. Finalmente, montó su propio órgano de prensa, el diario *Izvestia*, como elemento imprescindible de contacto y comunicación de posiciones no siempre acordes entre sí debido a la realidad impuesta.

Muy pronto, el poder efectivo en el interior de todos los *soviets* quedó en manos de los respectivos comités ejecutivos, dominados en la mayoría de los casos por una de las dos fracciones en que se dividía la escindida socialdemocracia. El mismo Trotski, en sus inapreciables consideraciones de estos hechos, plasmó de la mejor forma posible todas las realizaciones y también las carencias y fracasos de la organización soviética. Las autoridades en ningún momento dejaron de perseguir elementos izquierdistas. Sin embargo, permitieron cierta libertad a los vertebradores del poder obrero.

Si la insurrección y la huelga actuaban por doquier, los movimientos que se registraban en las comunidades no rusas del Imperio terminaron por causar mayor inquietud a las desbordadas autoridades. Georgianos, ucranianos, polacos, judíos, bálticos, etcétera, aportaron sus aspiraciones particularistas a la general situación de desorden y reivindicación. Llegado el otoño, estas actuaciones de carácter nacional alcanzaron —al imbricarse en ellas además exigencias de índole social— mayor impacto que las mismas actitudes esencialmente laborales y revolucionarias.




LA REVOLUCION DE 1905

# A la espera (1906-1917)

La fachada institucional de que la autocracia zarista se había dotado ante la oleada revolucionaria no sería capaz de engañar a nadie. Ni el supuesto poder popular representado en la Duma, ni el anuncio de importantes reformas en el ámbito agrario alcanzarían los menores visos de realidad efectiva. Por el contrario, las sucesivas asambleas que se convoquen no harán más que poner de manifiesto la creciente voluntad de regresión que anima a los poderes públicos.

La segunda Duma, reunida en 1907, vería el momento de la influencia de los partidos socialistas, y llegaría a ser denominada de la cólera popular. Pero la siguiente, vigente hasta 1912, merecería ser llamada de los señores, popes y lacayos. La reforma electoral que entonces se introduce estará abiertamente encaminada a reducir la representación legal de los sectores potencialmente peligrosos para el poder.

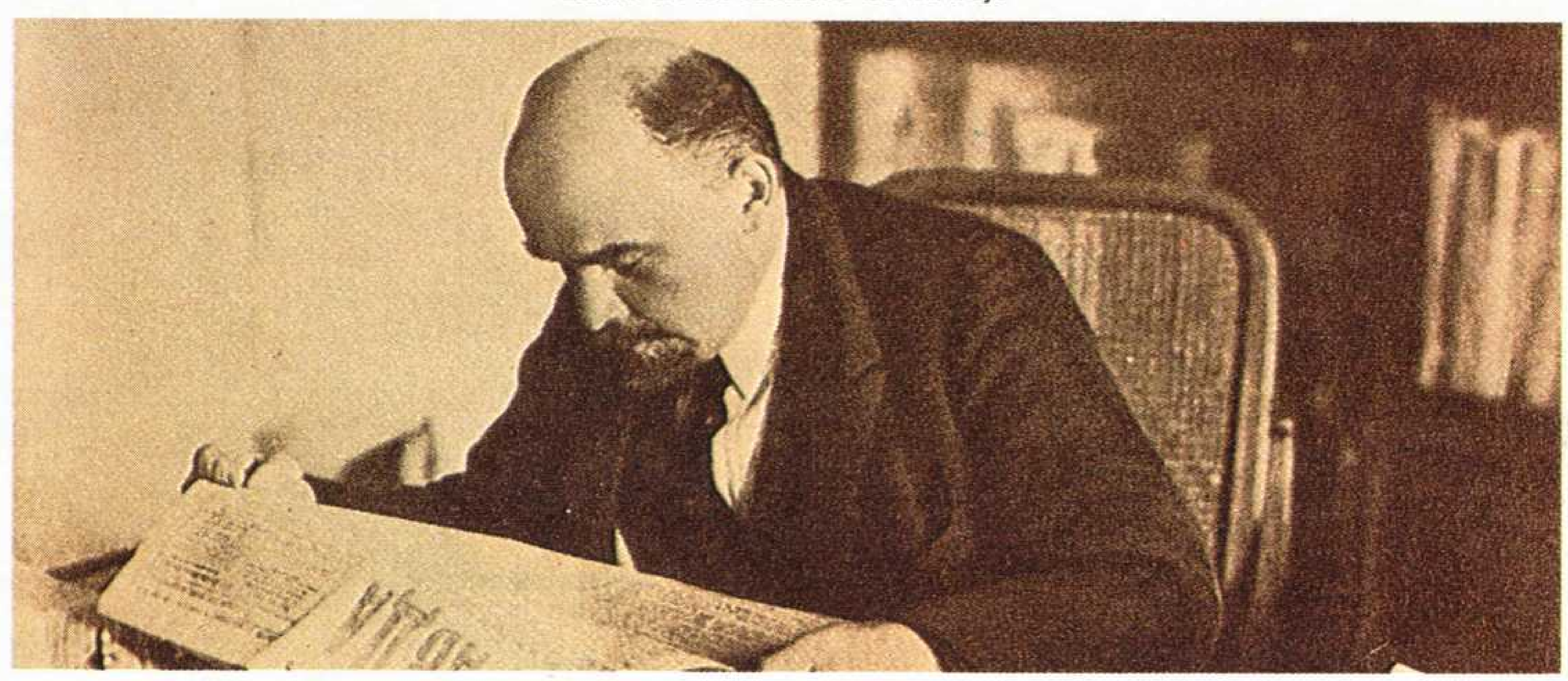
El incremento de la represión y la absoluta impunidad con que actúa la omnipotente policía secreta —la temida Ochrana— se unen al paralelo aumento de la agitación social y los movimientos huelguísticos en una vertiginosa dinámica. Escalada de tensión ésta que alcanzará su punto culminante en septiembre de 1911, cuando el odiado jefe del Gobierno, Stolypin, es asesinado en Kiev. La reacción policial se manifiesta con extrema dureza, y ya nadie se preocupa de guardar las más mínimas formas de aquel democratismo traído a la fuerza cinco años antes.

Cuando en 1912 se reúne la cuarta Duma, el telón de fondo ya no puede presentar caracteres más sombríos. La agitación se muestra imparable, y se complementa con el auge de un fuerte movimiento emigratorio dirigido hacia América y hacia la Alemania lanzada a una veloz industrialización. Para entonces, y simbolizando el absoluto deterioro de la situación, sobre la corte de San Petersburgo se cierne la ambigua presencia de un oscuro campesino siberiano, pretendido taumaturgo y enviado de Dios, apodado Rasputín. Dominador de la voluntad de los emperadores, se convertirá en activo instrumento de los sectores más reaccionarios, impulsores de una política que en definitiva solamente va a contribuir al definitivo hundimiento del régimen zarista.

Los bolcheviques, cuyos dirigentes permanecen en el extranjero a la espera de unos hechos que se anuncian inmediatos, hacen notar cada vez más su presencia. Enfrente, la represión policial se muestra lanzada en una espiral sin fin. El 5 de mayo de 1912 ha aparecido el primer número de Pravda, órgano de prensa de los seguidores de Lenin, y activo cauce de expresión de un malestar cada vez más evidente.

Cuando sobre el continente europeo soplan ya vientos de guerra, el proletariado ruso, que conoce sobre su carne los efectos de la más dura represión, está ya decidido a actuar. En el primer trimestre de 1914, más de un millón y medio de obreros industriales han ido a la huelga. Solamente será necesario esperar unos cuantos meses, hasta el verano, para que la destructora maquinaria de la guerra comience a marcar el último compás de espera para la tambaleante autocracia rusa.

Lenin en su estudio de trabajo



# El triunfo de la contrarrevolución

**Julio Gil Pecharromán**
Historiador. Profesor de Historia Contemporánea.
UNED



LA huelga general declarada a partir de la protesta de los obreros de artes gráficas moscovitas mostró al Gobierno zarista que la revolución, lejos de amainar, alcanzaba mayores proporciones que nunca. Desbordando las reivindicaciones laborales y aprovechando la marea creciente de los soviets, el movimiento huelguístico desarrolló pronto un carácter eminentemente político. La convocatoria de una Asamblea Nacional, el establecimiento de libertades públicas, la amnistía... se convirtieron en lemas de la protesta popular, que no confiaba en la domesticada Duma prometida por el zar en su decreto de agosto.

Nicolás II captó esta vez el peligro. Sus consejeros se dividían entre quienes pretendían enérgicas medidas represoras, como Pobiedonostev, y los partidarios de una apertura política que, sin comprometer el futuro del régimen monárquico, diese salida a la presión popular.

La huelga, secundada por unos dos millones de personas, recibió la adhesión de casi todos los sectores de la sociedad rusa. Los liberales de la *Unión de Uniones* colaboraron en su organización. El Partido Constitucional-Demócrata —los cadetes— que celebró su congreso fundacional entre el 13 y el 18 de octubre, se solidarizó con los huelguistas y exigió la convocatoria de una asamblea constituyente. La rápida extensión del movimiento soviético creó, de hecho, una alternativa de poder, basada en su capacidad de movilización popular, que la burocracia zarista no podía ignorar.

El zar acabó claudicando. Siguiendo el consejo de los apaciguadores, despidió al odiado Pobiedonostev y llamó al Gobierno a Serguéi Witte,

*Huelga general de ferrocarriles en octubre de 1905, por Savitski (Museo de la Revolución)*



quien acababa de rendir un gran servicio a la Corona durante las negociaciones de paz con Japón.

Witte, un tecnócrata inteligente y sin demasiados escrúpulos, distaba mucho de ser un liberal. Probablemente era tan partidario de la autocracia como los propios círculos cortesanos. Pero aceptó el papel de apagafuegos de la revolución y se entregó a él con la seguridad que le daba la confianza del emperador.

El conde dedicó sus primeras horas en el poder a convencer a Nicolás II de que era necesario garantizar a la población *los derechos de libertad de expresión, de prensa, de reunión y asociación y el* habeas corpus; *y, al margen de esto, la garantía de someter toda propuesta legislativa a la Duma, lo cual significa, de hecho, una Constitución.*



La zarina Alejandra de Rusia

## Manifiesto de octubre

El zar, que resumía así en una carta a su madre el programa del jefe del Gobierno, no tuvo reparos en firmar el 17 de octubre un decreto redactado por Witte y Alexéi Obolenski y que se conoce como el *Manifiesto de Octubre.*

El documento, que tenía el tono de un clásico *ucase,* comenzaba reafirmando la soberanía del zar:

*Nos, Nicolás Segundo por la gracia de Dios, Emperador y Autócrata de todas las Rusias, Zar de Polonia, Gran Duque de Finlandia, etc., declaramos a nuestros leales súbditos:*

*Los disturbios y la agitación reinantes en las capitales y grandes ciudades de nuestro Imperio nos llenan el corazón de grande y profundo dolor. El bienestar del Soberano de Rusia está indisolublemente ligado al bienestar del pueblo y el dolor de éste es su dolor.*

Inmediatamente, sin embargo, el texto abandonaba su tono paternalista y pasaba a exponer en tres apartados su oferta de reforma política:

*Primero: garantizar al pueblo las libertades civiles fudamentales...*

*Segundo: admitir la participación inmediata en la Duma del Estado... a las clases sociales que hasta ahora han estado completamente privadas de derechos electorales, extendiendo el principio del sufragio universal a la nueva legislatura.*

*Tercero: establecer como regla inviolable que ninguna ley pueda ser violada sin el consentimiento de la Duma del Estado.*

Nicolás II

El párrafo final del *Manifiesto* descubría la principal finalidad que había movido a Witte a redactarlo:

*Exhortamos a todos los fieles hijos de Rusia a recordar sus deberes hacia su Patria, a asistirla en la tarea de acabar con el desorden, y de unirse a Nos en el esfuerzo de restaurar la paz y el orden de nuestra tierra natal.*

En los días que siguieron a la publicación del *Manifiesto,* el Gobierno se esforzó en dar pruebas de su buena voluntad. Un aire de libertad recorrió el país. A su amparo, los soviets pudieron perfeccionar su red organizativa y los partidos comenzaron a desenvolverse libremente. Incluso los bolcheviques vieron legalizado su diario, *Novaya Zhizn* —Vida Nueva— desde el que

Lenin, recién vuelto a Rusia, apoyaba la consolidación del poder soviético y lanzaba consignas insurreccionales.

El *Manifiesto de Octubre* fue bien recibido por el pueblo y aplacó momentáneamente los ánimos de los huelguistas, que para el 22 de octubre ya habían vuelto al trabajo en casi todas partes. Pero entre los grupos políticos despertó grandes recelos.

Los cadetes desconfiaban del carácter democrático de la Duma prometida y sólo su ala derecha se adhirió a los planes de Witte. La extrema derecha intentó adaptarse a los nuevos tiempos y sus minúsculas y elitistas formaciones fueron reforzadas por la creación, el 22 de octubre, de la *Unión del Pueblo Ruso,* dirigida por el médico A. I. Dubrovin y que, en opinión de F. L. Carsten, *no se consideraba a sí misma como un partido, sino un movimiento popular espontáneo para la defensa del zar, la Iglesia, la patria y la autocracia contra cualquier ataque.*

La nueva organización, que se entregó a reorganizar las fuerzas parapoliciales de las *Centurias Negras,* intentaba convertirse en una organización interclasista de masas con vistas a las próximas elecciones a la Duma.

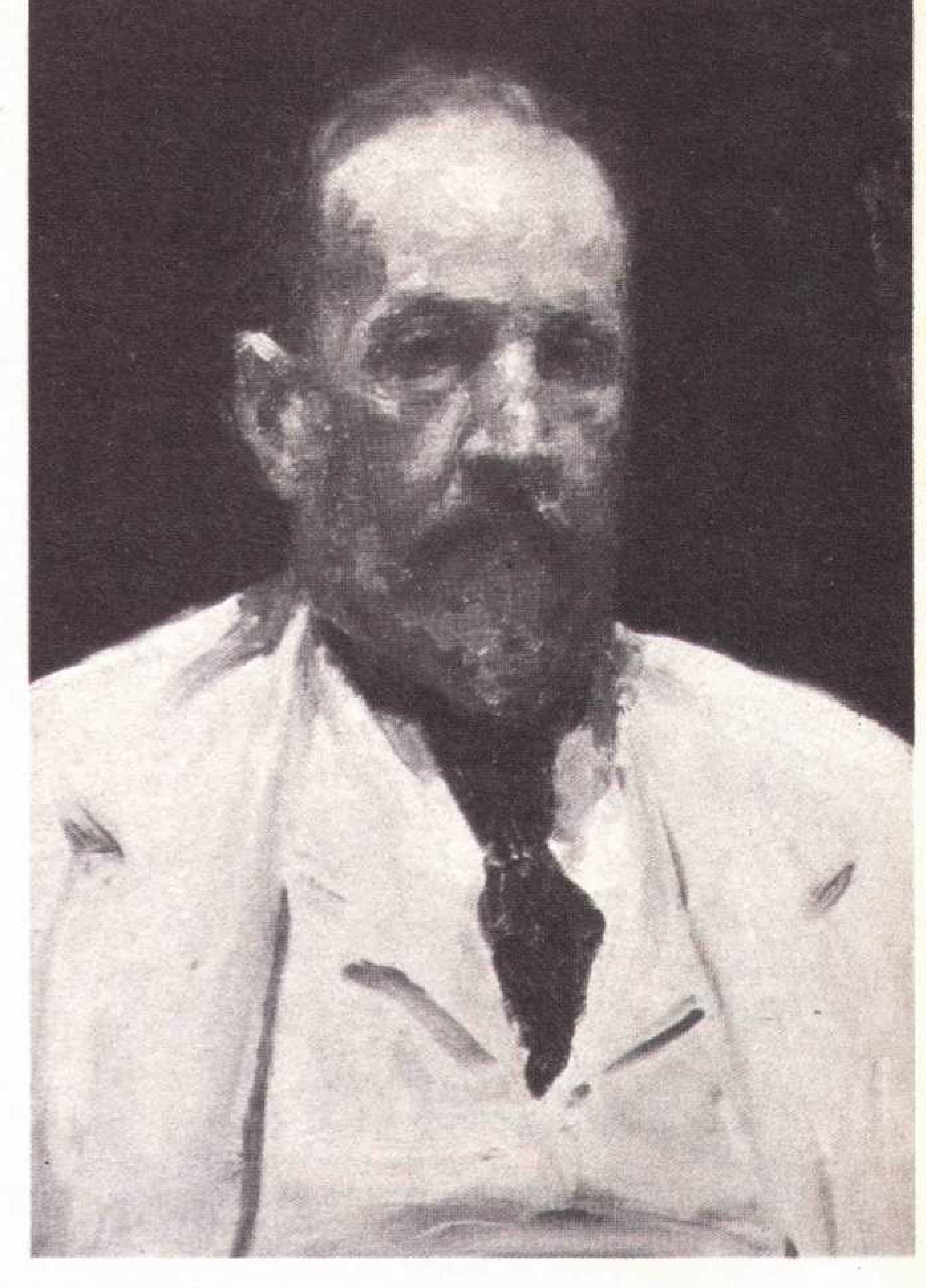
Los partidarios de izquierda rechazaron el programa de Witte, que les parecía una simple maniobra para ganar tiempo. Trotski escribió en *Izvestia,* órgano del soviet de San Petersburgo: *Se nos da a Witte, pero Trepov permanece; se nos da una Constitución, pero el absolutismo permanece. Se nos da todo, pero, en realidad, no se nos da nada.*

El 18 de octubre, el comité ejecutivo del soviet de la capital aprobó una resolución que compendiaba el punto de vista socialdemócrata respecto a la reforma política: *El proletariado revolucionario no puede deponer sus armas antes de que los derechos políticos del pueblo ruso no descansen sobre sólidos principios, antes de que no se erija una república democrática que suponga el mejor camino para la continuación de la lucha del proletariado por el socialismo.*

Entre los más duros críticos del programa octubrista se encontraba Lenin, partidario del boicot a las elecciones, quien llegó a escribir: *el 17 de octubre no ha abierto la perspectiva de una pacífica Constitución —ésta es una patraña liberal—, sino la de una guerra civil.*

A comienzos de noviembre se reprodujeron los desórdenes. El día 8 estalló un motín en la base naval de Kronstadt, cercana a San Petersburgo, que no tardó en ser sofocado. La suerte de los cabecillas estaba echada: la pena capital. Pero el soviet de San Petersburgo, donde mencheviques, bolcheviques y socialrevolucionarios habían formado un bloque, declaró una nueva huelga general.

La respuesta popular sorprendió al Gobierno. Witte, desbordado, dirigía en vano llamamientos al pueblo: *Hermanos trabajadores, volved a vuestras tareas. Cesad en la rebelión, compadeceos de vuestras mujeres e hijos. Escuchad el*



*El conde Witte*

*El Manifiesto de Octubre (visión satírica de la revista* La Ametralladora)

ВЫСОЧАЙШІЙ МАНИФЕСТЪ.

БОЖІЕЮ МИЛОСТІЮ,

МЫ, НИКОЛАЙ ВТОРЫЙ,

ИМПЕРАТОРЪ И САМОДЕРЖЕЦЪ ВСЕРОССІЙСКІЙ,

ЦАРЬ ПОЛЬСКІЙ, ВЕЛИКІЙ КНЯЗЬ ФИНЛЯНДСКІЙ,

и прочая, и прочая, и прочая.

„НИКОЛАЙ".

МАНИФЕСТ НИКОЛАЯ II С КРОВАВОЙ РУКОЙ («Пулемет» № 1, 1905 г.).



*consejo de un hombre que está favorablemente dispuesto hacia vosotros y que sólo desea vuestro bienestar.*

Se trataba de un pulso entre dos poderes y lo ganó el soviet. Los marineros fueron indultados y retornó la normalidad laboral. Pero no por ello remitió la agitación social.

Los trabajadores urbanos se movilizaban bajo las consignas de la jornada de ocho horas, de la amnistía y de la convocatoria de la Asamblea Nacional. En el campo se reprodujeron los motines campesinos y el saqueo de haciendas.

## La reacción derechista

En Sebastopol, base de la flota del mar Negro, hubo un conato de sublevación que pronto repercutió en otras guarniciones del país. En Moscú, donde el soviet dominado por los bolcheviques era especialmente combativo, se alzó el regimiento Rostov, aunque las tropas leales al Gobierno consiguieron desarmarlo. Cundía la sensación de que se preparaba una sublevación popular contra el régimen zarista.

La derecha estaba asustada. Witte había conseguido reunir a un buen número de empresarios, profesionales y funcionarios de ideas liberales, en la *Unión del 17 de octubre,* conocida como *partido octubrista,* que bajo la dirección de Guchkov defendía los proyectos constitucionalistas del primer ministro. Pero los elementos más activos eran los partidarios de la vuelta a la autocracia.

La *Okrana* saboteaba las consignas del Gobierno y alentaba a las *Centurias Negras,* que, integradas por individuos de antecedentes no muy limpios, desataron durante el mes de diciembre una oleada de terror. Líderes obreros, estudiantes, patriotas polacos y finlandeses se vieron perseguidos y, a veces, asesinados por las bandas parapoliciales.

Los judíos, una vez más, se convirtieron en víctimas propiciatorias contra las que dirigió la cólera de los campesinos. Impulsados por los *camisas amarillas* de la Unión del Pueblo Ruso, se desataron centenares de *pogroms* desde Ucrania a Siberia. Sólo en Odesa murieron más de 500 personas.

Witte asistía expectante a la extensión de los desórdenes. Los empresarios se quejaban de los perjuicios que les ocasionaban las convocatorias huelguísticas de los soviets. Los militares temían que el impacto producido por la derrota ante Japón animase a sus tropas a emprender la vía de la sedición generalizada. Terratenientes, clérigos y funcionarios presionaban a través de los grupos de la extrema derecha para que el Gobierno terminase con los revolucionarios.

Estos, en realidad, habían sobreestimado su capacidad de actuación. Witte confiaba en que sus promesas reformistas hubieran minado la fuerza del poderoso soviet de San Petersburgo. Cuando su comité ejecutivo convocó una nueva huelga en demanda de la jornada de ocho horas, el jefe del Gobierno ordenó a su ministro del Interior, el enérgico Piotr Durnovo, que reprimiese el movimiento. Numerosos huelguistas fueron detenidos.

El 26 de noviembre fue apresado el presidente del soviet, el menchevique Krustalev-Nosar. Le sucedió un consejo de tres miembros, uno de los cuales era Trotski, que decidieron aceptar el reto. El 2 de diciembre, con el apoyo de los socialdemócratas y de los socialrevolucionarios, el soviet de San Petersburgo aprobó una resolución, llamada *Manifiesto de Finanzas,* por la que se invitaba a la población a provocar el colapso económico del régimen mediante la negativa a pagar impuestos y la retirada de los depósitos de los bancos.

El Gobierno, que no había logrado paralizar la huelga, reaccionó furiosamente a la nueva provocación. Al día siguiente, un decreto imperial prohibía las huelgas y autorizaba a los gobernadores provinciales a declarar el estado de sitio en sus circunscripciones. Los ocho periódicos de izquierda que habían publicado el *Manifiesto* fueron secuestrados. Hasta el soviet llegaron rumores de que el Ministerio del Interior se proponía ilegalizar al Partido Socialdemócrata.

Esa misma tarde, la policía irrumpió en el edificio de la Sociedad Económica Libre, sede del soviet, y detuvo a los delegados presentes, unos 200, entre los que se encontraban casi todos los miembros del comité ejecutivo. Meses después fueron procesados 52 de ellos y 15, entre ellos Trotski, deportados a Siberia.

Aquel golpe policial representó el final del movimiento revolucionario en San Petersburgo. Los pocos miembros del soviet aún en libertad intentaron convocar una huelga revolucionaria para el 7 de diciembre, pero no hallaron eco en la capital. Lenin se refugió en Finlandia y los socialdemócratas pasaron a la clandestinidad.

## Levantamiento en Moscú

La iniciativa revolucionaria se trasladó entonces a la antigua capital de los zares. La ciudad contaba con un fuerte núcleo bolchevique que controlaba su soviet y durante la huelga general de octubre había jugado un importante papel.

El 5 de diciembre, los bolcheviques locales aprobaron una llamada a la huelga que fue refrendada por el consejo al día siguiente. Se cortaron las comunicaciones con el exterior y unos cien mil obreros abandonaron su trabajo.

Ante la impotencia del gobernador, el movimiento fue creciendo, Los partidos obreros procedieron a armar milicias y se invitó a la guarnición a unirse a la causa de los huelguistas.



*Manifestación durante el Domingo Rojo en San Petersburgo, 9 de enero de 1905 (por V. Makavski)*

Poco a poco, barriadas enteras fueron pasando a poder de los milicianos. Los choques aislados con las tropas adquirieron cada vez mayor intensidad y tras la llegada a Moscú del general Dubásov, con órdenes de reprimir por la fuerza el movimiento, la ciudad se llenó de barricadas.

Al cabo de una semana de combates, el general solicitó refuerzos, ya que no se fiaba de la guarnición. El fracaso de la huelga de ferrocarriles permitió la llegada desde San Petersburgo del regimiento Semionov, que se empleó a fondo contra los obreros.

Sin apoyo exterior, rechazados por sus propios conciudadanos, los combatientes del soviet —sus efectivos se calculan en unos ocho mil— fueron perdiendo terreno hasta quedar reducidos al *distrito rojo* de Presnia, centro de la industria textil. El día 15, los mencheviques, que se habían sumado al levantamiento sin gran entusiasmo, decidieron retirarse. El 18 se rendieron los últimos resistentes. Cientos de activistas fueron ejecutados tras juicios sumarísimos y otros muchos partieron hacia el destierro siberiano.

El fracaso del soviet moscovita planteó un serio debate en el interior de la socialdemocracia. Los mencheviques no escatimaron críticas a lo que consideraban oportunismo de los bolcheviques y a la falta de realismo del movimiento. Lenin contestó por los bolcheviques resaltando su carácter de ensayo general:

*La lucha proletaria de las masas pasó por encima de los mandos de las organizaciones al derivar de la huelga al levantamiento. En esto vemos una enorme adquisición histórica de la revolución rusa, realizada en diciembre de 1905, una adquisición lograda, como todas las anteriores, a costa de tremendos sacrificios.*

*El movimiento pasó del nivel de la huelga general política a un nivel superior. Forzó a la reacción a llegar al último extremo para oponerse a la revuelta y, al hacerlo, le dio un avance gigantesco que la colocó más cerca del momento en que la revolución debe alcanzar el máximo de su ataque.*



Pero estas palabras no servían para ocultar lo que representaba un real fracaso, el último acto de la revolución socialista de 1905. Tras la pacificación de Moscú, el Gobierno sintió por fin terreno seguro bajo sus pies. Witte emprendió una labor represiva que asombró incluso al autoritario Nicolás: *Desde los hechos de Moscú* —escribía el zar— *Witte ha cambiado por completo. Ahora quiere colgar y fusilar a todo el mundo. Nunca he visto ni a un camaleón ni a un hombre cambiar tanto como él.*

La convocatoria de huelga del soviet había sido secundada en otras ciudades. Pero era un movimiento inconexo y condenado a la esterilidad. Las cifras de huelguistas eran muy importantes, pero la represión policial les obligó a volver al trabajo.

La prohibición de reuniones públicas desarticuló la actuación de los partidos. Los obreros y mineros del Donets se enfrentaron con las armas en la mano a los cosacos, pero fueron vencidos. Los conatos de insubordinación en los cuarteles de San Petersburgo, Kiev, Moscú y otras ciudades fueron sofocados.

En Siberia, el movimiento se mantuvo más tiempo. La continua presencia de deportados había creado un caldo de cultivo para la revolución. En algunos lugares, como Novorossisk, Chita o Krasnoiarsk, se proclamaron repúblicas soviéticas que incluso desarrollaron una política de nacionalizaciones bajo la supervisión del soviet local. Pero el avance de las tropas zaristas a lo largo del transiberiano puso fin a estos experimentos. A finales de enero de 1906, una tensa calma reinaba en Rusia.

## La Duma

Vencida la revolución de los socialistas, Witte se esforzó en mantener el apoyo de los liberales cumpliendo el programa de octubre. La base de tal programa era la convocatoria de una Duma constituyente elegida por sufragio universal, que convertiría a Rusia en una monarquía constitucional.

Pero los esfuerzos de Obolenski y de otros octubristas se estrellaron contra el propósito del zar de no traspasar a su pueblo ni la más pequeña parte de la soberanía. Una vez pasado el peligro, Nicolás II no veía en ello ninguna ventaja.

No obstante, Witte siguió adelante con sus planes y anunció la celebración de elecciones para marzo de 1906. Los cadetes, acaudillados por Miliukov, antiguo líder de la *Unión de Uniones*, le apoyaban, pero comenzaron a mostrar serias reservas cuando se hizo público el sistema electoral.

Teóricamente podían votar todos los varones rusos mayores de veinticinco años. Pero la fórmula: un hombre, un voto, sólo se aplicaría a los grandes propietarios de tierras. Los campesinos tendrían que elegir a sus compromisarios mediante un complejo sistema que garantizaba el control de los sufragios por los funcionarios del Gobierno. En las ciudades se había clasificado a los habitantes por sus niveles de renta y la mayoría de los votos corresponderían a la alta burguesía. En total, los centros urbanos, donde la izquierda recogía la mayoría de sus sufragios, dispondrían del 21 por 100 de los votos.

Pero incluso este sistema le parecía peligroso al zar. Consiguió que el Consejo de Estado, elegido mitad a dedo y mitad por los zemstvos y las asociaciones profesionales, recibiese las mismas atribuciones que la Duma. Además, el emperador se reservaba el derecho de veto sobre las decisiones de ambas cámaras.

La campaña electoral que liberales y octubristas mantuvieron contra viento y marea se vio dificultada por la todavía vigente prohibición de reuniones políticas. Los socialdemócratas, que se reunificaron en abril en Estocolmo, se mostraban divididos ante la convocatoria electoral, pero finalmente prevaleció el punto de vista de Lenin, partidario del boicot. Igual política adoptaron los socialrevolucionarios.

Las elecciones dieron escaño a 478 diputados que se adscribieron a diversos grupos políticos. Los cadetes se convirtieron en la minoría más numerosa, con 184 diputados. Les seguían los *trudovikii* —laboristas—, un grupo formado, en parte, por disidentes del Partido Socialrevolucionario y que logró 107 escaños.

El partido gubernamental cosechó una gran derrota, 16 puestos, y la derecha, en general, apenas superó los 50. Los socialdemócratas, que no habían concurrido oficialmente, acabaron formando una minoría de 18 diputados. La Duma, última de las conquistas de la revolución de 1905, tuvo una vida muy breve. Inaugurada a finales de abril con solemnidad cortesana en el Palacio de Invierno, apenas sobrevivió dos meses. Recién instalados en sus escaños, los diputados enviaron al zar una larga lista de peticiones que incluía la amnistía política, una reforma agraria profunda, la declaración de responsabilidad de los ministros ante la Duma, la abolición de la pena de muerte y la desaparición del Consejo de Estado.

## Hacia el fin de la monarquía

Nicolás II rechazó todas las propuestas y contraatacó el 9 de mayo, promulgando unas *Leyes Fundamentales* en las que se evitaba en todo momento la palabra Constitución. El texto se definía ya en su primer artículo: *El Emperador de todas las Rusias tiene el supremo poder autocrático. El mismo Dios ordena que su autoridad debe ser respetada no sólo por temor, sino por auténtico sentido del deber.*

Ese día, Witte presentó su dimisión, que el

Grupo de diputados de la Duma



zar aceptó complacido. Le sustituyó el anciano Iván Goriemkin, quien gobernó poco tiempo y cedió el paso, a su vez, a Piotr Stolypin, un político autoritario que hizo todo lo posible para acabar con la Duma. La dejó vivir mientras los discursos de los diputados no pusieron en aprietos al Gobierno, pero cuando los parlamentarios campesinos emplazaron al Ejecutivo para que realizase una reforma agraria radical, la disolvió. Era el 8 de julio de 1906.

Como si fuera el último acto de una tragedia, 200 diputados se dirigieron al vecino Gran Ducado de Finlandia y desde la ciudad de Vyborg lanzaron un llamamiento al pueblo ruso invitándole a iniciar una campaña de resistencia pasiva, negándose a pagar impuestos y eludiendo el servicio militar. Stolypin replicó poniendo fuera de la ley al partido cadete e incrementando el autoritarismo del régimen.

Concluyó así el proceso de revolución política que los liberales impulsaron para convertir a Rusia en un Estado parlamentario y democrático. Se frustró de la misma manera que se había frustrado medio año antes la revolución social esperada por las capas populares y representada en el movimiento de los soviets.

Todo parecía volver a la normalidad y el zarismo, olvidada la humillación ante los japoneses, se disponía a retomar con renovados bríos su papel en la política mundial. Pero la monarquía se había divorciado definitivamente del pueblo ruso y, sin saberlo, había comenzado a suicidarse.

# Bibliografía

Anweiler, O., *Los soviets en Rusia, 1905-1917* Bilbao, Zero, 1975. Broué, P., *El partido bolchevique,* Madrid, Ayuso, 1973. Calvert, P., *Análisis de la revolución,* México, FCE, 1974. Carr, E. H., *Estudios sobre la revolución,* Madrid, Alianza, 1968. Id., *Historia de la Rusia soviética,* Madrid, Alianza, 1981. Cole, G. H., *Historia del pensamiento socialista,* México, FCE, 1975. Deutscher, I., *Trotski,* México, Era, 1966-69, Ferro, M., *La caída del zarismo y los orígenes de Octubre,* Barcelona, Laia, 1975. Floyd, D., *La primera revolución rusa. Resquebrajamiento del poder zarista,* Barcelona, Nauta, 1970. Kochan, L., *Rusia en revolución,* Madrid, Alianza, 1968. Kriegel, A., *Las internacionales obreras,* Barcelona, M. Roca, 1977. Malia, M., *Comprende la revolution russe,* París, Seuil, 1980. Nin, A., *Los soviets,* Bilbao, Zero, 1977. Palmade, G., *La época de la burguesía,* Madrid, Siglo XXI, 1978. Shanin, T., *La clase incómoda,* Madrid, Alianza, 1983. Trotski, L., *Mi vida,* Madrid, Akal, 1979. Id., *Historia de la revolución rusa,* Madrid, Sarpe, 1985. VVAA, *Rusia,* Madrid, Siglo XXI, 1980. VVAA, *Historia del marxismo,* Barcelona, Bruguera, 1981.



*El zar Nicolás II sostiene un icono en presencia de sus tropas*

# La revolución de 1905

## Textos

*La selección ha sido realizada por*
*Elena Hernández Sandoica*

CUADERNOS
historia 16

*Estructuras del Imperio zarista*

(...) [los súbditos del zar] estaban divididos en cerca de doscientas nacionalidades (formando la mayoría la «Gran Rusia»), pertenecían a docenas de grupos religiosos y hablaban 146 lenguas distintas. Diecisiete millones de rusos (13 por 100) vivían en las 865 ciudades del reino. Los súbditos del zar estaban constituidos por 2,4 millones de trabajadores industriales, 1,25 millones de soldados, 1 millón de oficiales, 300.000 presidiarios, 17.000 estudiantes y más de 100 millones de campesinos.

La riqueza era tan impresionante como su tamaño. Sin embargo, estas inmensas cifras absolutas revelan pobreza y atraso, si se las compara con el tamaño de la población propia y con las realizaciones de otros países europeos. En 1890, la renta *per capita* era tres veces menos que la de Alemania, 4,2 veces inferior a la del Reino Unido e, incluso, 1,5 veces por debajo de los Balcanes. La producción de hierro por trabajador era la mitad de la de Europa occidental y un cuarto de la de USA. La red ferroviaria, segunda del mundo por sus dimensiones, era también la más pequeña de Europa si tenemos en cuenta el área y la población atendida. Más de las tres cuartas partes de la población con más de 10 años era analfabeta en 1897.

Sin embargo, aunque no se puede negar su retraso, la sociedad rusa de aquella época estaba muy lejos de permanecer estancada. En la vida política se iniciaron congresos de un cariz socialista revolucionario en 1901-2, tuvo lugar una guerra desastrosa con Japón en 1904-5, se proclamó un endeble parlamento *(Duma)* en 1905, hubo una revolución en 1905-6 y un período de reacción subsecuente, todo ello ocurrido en rápida sucesión. Al mismo tiempo, estaba operando una variedad de procesos sociales en gran escala. Durante el período 1900-13, más de cuatro millones de campesinos se asentaron en las ciudades y un número adicional de 2,5 millones marcharon a las áreas de colonización de la Rusia asiática. Se extendieron las facilidades educativas y, en 1913, más de la mitad de la población en edad escolar asistía a clase en escuelas primarias. A partir de 1906, el estándar de vida de los trabajadores industriales mejoró. Sin embargo, lo que más choca son las cifras de crecimiento económico a nivel nacional. Entre 1900 y la primera guerra mundial, la producción de cereales se elevó en un 27 por 100, mientras los indicadores de producción industrial alcanzaron un crecimiento mucho más rápido. El valor nominal del capital y el volumen de negocios de las empresas industriales se duplicó en este período y lo mismo ocurrió con el gasto público y la renta nacional. Un alza simultánea de los precios se estimó en un 29 por 100 (40,9 por 100 en productos agrícolas y 12,5 por 100 en manufacturas), mientras que el crecimiento de la población fue de un 21 por 100. El crecimiento anual estimado de la renta nacional fue de un 5 por 100, aproximadamente —si bien el de la renta *per capita* a precios constantes no llegaba al 1,5 por 100.

¿Qué conclusiones pueden sacarse de este período de la historia rusa ante la evidencia disponible sobre su desarrollo económico y cambio social?

En primer lugar, hagamos constar los hechos más evidentes: de acuerdo con la imagen que de ella se tenía en Occidente, Rusia era, sin duda, un país pobre e inactivo. Sin embargo, la economía rusa, enormemente subdesarrollada según los estándares medios de Europa occidental, estaba ya mostrando un crecimiento razonablemente rápido en su producción, renta y comercio de acuerdo con los estándares internacionales. El índice de crecimiento de la producción industrial bruta era relativamente alto en comparación con el de las

sociedades industriales, si bien esta comparación se volvía desfavorable en términos de renta *per capita*. Las estadísticas reflejaban un proceso cíclico en el que a un *boom* económico en la segunda mitad de los años noventa siguió una recesión en 1900-7 y un nuevo *boom* en 1909-13. *(THEODOR SHANIN*, «La clase incómoda», Madrid, Alianza, 1983.)

***Economía y sociedad según una visión marxista***

COMO ya hemos dicho es, precisamente en el campo de la economía, donde se manifiesta con su máximo relieve la ley de desarrollo combinado. Y así, mientras que hasta el momento mismo de estallar la revolución, la agricultura se mantenía, con pequeñas excepciones, casi en el mismo nivel del siglo XVII, la industria, en lo que a su técnica y a su estructura capitalista se refería, estaba al nivel de los países más avanzados y, en algunos aspectos, los sobrepasaba. En el año 1914, las pequeñas industrias con menos de 100 obreros representaban en los Estados Unidos un 35 por 100 del censo total de obreros industriales, mientras que en Rusia este porcentaje era tan sólo de 17,8. La mediana y la gran industria, con una nómina de 100 a 1.000 obreros, representaban un peso específico aproximadamente igual; los centros fabriles gigantescos que daban empleo a más de 1.000 obreros cada uno y que en los Estados Unidos sumaban el 17,8 por 100 del censo total de la población obrera, en Rusia representaban el 41,4 por 100. En las regiones industriales más importantes este porcentaje era todavía más elevado: en la zona de Petrogrado era de 44,4 por 100; en la de Moscú, de 57,3 por 100. A idénticos resultados llegamos comparando la industria rusa con la inglesa o alemana. Este hecho, que nosotros fuimos los primeros en registrar en el año 1908, se aviene mal con la idea que vulgarmente se tiene del atraso económico de Rusia. Y, sin embargo, no excluye este atraso, sino que lo complementa dialécticamente.

También la fusión del capital industrial con el bancario se efectuó en Rusia en proporciones que tal vez no haya conocido ningún otro país. Pero la mediatización de la industria por los Bancos equivalía a su mediatización por el mercado financiero de la Europa occidental. La industria pesada (metal, carbón, petróleo) se hallaba sometida casi por entero al control del capital financiero internacional, que se había creado una red auxiliar y mediadora de Bancos en Rusia. La industria ligera siguió las mismas huellas. En términos generales, cerca del 40 por 100 del capital acciones invertido en Rusia pertenecía a extranjeros, y la proporción era considerablemente mayor en las ramas principales de la industria. Sin exageración, puede decirse que los paquetes de acciones que controlaban los principales bancos, empresas y fábricas de Rusia estaban en manos de extranjeros, debiendo advertirse que la participación de los capitales de Inglaterra, Francia y Bélgica representaba casi el doble de la de Alemania.

Las condiciones originarias de la industria rusa y de su estructura informan el carácter social de la burguesía de Rusia y su fisonomía política. La intensa concentración industrial suponía, ya de suyo, que entre las altas esferas capitalistas y las masas del pueblo no hubiese sitio para una jerarquía de capas intermedias. Añádase a esto que los propietarios de las más importantes empresas industriales, bancarias y de transportes eran extranjeros que cotizaban los beneficios obtenidos en Rusia y su influencia política en los parlamentos extranjeros, razón por la cual no sólo no les interesaba fomentar la lucha por el parlamentarismo ruso, sino que muchas veces le ha-

cían frente: baste recordar el vergonzoso papel que desempeñaba en Rusia la Francia oficial. Tales eran las causas elementales e insuperables del aislamiento político y del odio al pueblo de la burguesía rusa. Y ésta, en los albores de su historia, no había alcanzado el grado necesario de madurez para acometer la reforma del Estado, cuando las circunstancias le depararon la ocasión de ponerse al frente de la revolución demostró que llegaba ya tarde.

En consonancia con el desarrollo general del país, la base sobre la que se formó la clase obrera rusa no fue el artesanado gremial, sino la agricultura; no fue la ciudad, sino el campo. Además, el proletariado de Rusia no fue formándose paulatinamente a lo largo de los siglos, arrastrando tras sí el peso del pasado, como en Inglaterra, sino a saltos, por una transformación súbita de las condiciones de vida, de las relaciones sociales, rompiendo bruscamente con el ayer. Esto fue, precisamente, lo que, unido al yugo concentrado del zarismo, hizo que los obreros rusos asimilaran las conclusiones más avanzadas del pensamiento revolucionario, del mismo modo que la industria rusa, llegada al mundo con retraso, asimiló las últimas conquistas de la organización capitalista.

El proletariado ruso tornaba a reproducir, una y otra vez, la breve historia de sus orígenes. Al tiempo que en la industria metalúrgica, sobre todo en Petersburgo, cristalizaba y surgía una categoría de proletarios depurados que habían roto completamente con la aldea, en los Urales seguía predominando el tipo obrero de semiproletario, semicampesino. La afluencia de nuevas hornadas de mano de obra del campo a las regiones industriales renovaba todos los años los lazos que unían al proletariado con su cantera social.

La incapacidad de acción política de la burguesía se hallaba directamente informada por el carácter de sus relaciones con el proletariado y la clase campesina. La burguesía no podía arrastrar consigo a los obreros a quienes la vida de todos los días enfrentaba con ella y que, además, aprendieron en seguida a generalizar sus problemas. Y la misma incapacidad demostraba para atraerse a los campesinos, atada como estaba a los terratenientes por una red de intereses comunes y temerosa de que el régimen de propiedad, en cualquiera de sus formas, se viniese a tierra. El retraso de la revolución rusa no era tan sólo, como se ve, un problema de cronología, sino que afectaba también a la estructura social del país. *(LEON TROTSKI, «Historia de la revolución rusa», Madrid, Sarpe, 1985, 2 vols.)*

## El primer soviet

EL primer Soviet surgió en Ivánovo-Vosnesensk.

Ivánovo-Vosnesensk es el centro más importante de la industria textil rusa. El movimiento obrero de dicha ciudad era uno de los más antiguos del país. La influencia de las ideas socialistas era muy fuerte, pero el movimiento se distinguía por una característica especial: la de que el papel directivo no lo desempeñaba el agitador de fuera ni el intelectual, como ocurría a menudo, sino elementos de la propia masa obrera de la localidad. La masa, sin embargo, era generalmente inculta, como ocurre a menudo en los obreros de esa rama de industria, la cual se ha distinguido siempre, en todos los países, por las pésimas condiciones de trabajo.

El movimiento revolucionario de 1905 tuvo una repercusión inmediata sobre esa masa de obreros explotados, sobre todo por la proximidad de centros proletarios tan importantes como Moscú y Oréjovo-Zúgevo, donde la fermentación revolucionaria había alcanzado el grado máximo.

El 12 de mayo estalló en Ivánovo-Vosnesensk la huelga de los obreros textiles, que se transformó en huelga general y desempeñó un inmenso papel en la historia del movimiento obrero ruso. El 13, en la orilla del río Talki, en una Asamblea de huelguistas, a la cual asistieron 30.000 obreros, fue elegido un Consejo o Soviet de 110 delegados, designados para llevar a cabo las negociaciones con los patronos y las autoridades en nombre de todos y para la dirección de la huelga. Ese Comité no era un Comité de huelga ordinario, tanto por su forma de elección como por su carácter. Desde el primer momento se estableció un estrecho contacto entre el Soviet y el Partido Socialdemócrata, cuyo Comité local inspiraba todas las resoluciones del nuevo organismo.

El Soviet, bajo la influencia de los acontecimientos que se desarrollaban en el país, adquirió rápidamente una importancia extraordinaria y un carácter revolucionario definido. Su fuerza y su prestigio eran inmensos. En realidad, durante ese período existió ya en Ivánovo-Vosnesensk el Poder dual. No se podía imprimir nada en ninguna imprenta sin la autorización del Soviet. Este se negó, por ejemplo, a autorizar la impresión de un documento en que un representante de la autoridad se dirigía al nuevo organismo creado por los trabajadores. Mientras que el Soviet sometía a su control la publicación de todos los documentos que emanaban de la clase enemiga, publicaba libremente todo lo que se le antojaba. La propaganda socialdemócrata, por ejemplo, se efectuaba absolutamente sin ningún obstáculo. El Soviet utilizaba libremente los locales públicos, sin pedir permiso a nadie, para sus Asambleas y mítines. Este derecho se lo había conquistado por la fuerza, y nadie ni nada pudo impedir que la clase obrera lo ejerciera, ni aun la matanza organizada el 3 de julio por las autoridades zaristas. Era, naturalmente, el Soviet el que dirigía la huelga. No se admitía ninguna negociación separada; nadie podía volver al trabajo si no era por acuerdo del Soviet. Este organizó el servicio de protección de las fábricas y de los bienes de la ciudad, y durante todo el período en que fue dueño absoluto de la población no se registró ni un solo acto de robo o de saqueo. Fue precisamente cuando se disolvió el Soviet que empezaron los asaltos a las tiendas.

El Soviet tomó decisiones de carácter netamente político, que fueron transmitidas al ministro de la Gobernación en un mensaje que firmaron todos los diputados del Soviet, a cuya firma se añadió la de millares de huelguistas. En dicho mensaje se reclamaba la libertad de palabra, de reunión y de asociación y la convocatoria de una Asamblea Constituyente. El Soviet exigió la formación de un tribunal para juzgar a los responsables de las cargas de la fuerza pública contra los huelguistas el día 3 de julio, organizó comisiones para recolectar fondos para los parados, destacamentos para guardar las fábricas, etc. Inmediatamente después de su constitución, se organizó una Mesa, compuesta de cinco miembros, que fue un organismo indudablemente análogo a los Comités Ejecutivos elegidos en los Soviets que surgieron posteriormente en distintos puntos del país.

Las Asambleas plenarias se celebraban todas las mañanas a las nueve. Una vez terminada la sesión, empezaba la Asamblea general de los obreros, que examinaba todas las cuestiones relacionadas con la huelga. Se daba cuenta de la marcha de esta última, de las negociaciones con los patronos y las autoridades, etc. Después de la discusión, eran sometidas a la Asamblea las proposiciones preparadas por el Soviet. Luego, los militantes del partido pronunciaban discursos de agitación sobre la situación de la clase obrera, y el mi-

tin continuaba hasta que el público se cansaba. Entonces, la multitud entonaba himnos revolucionarios y la Asamblea se disolvía. Así se repetía todos los días.

Después de las matanzas del 3 de julio, las Asambleas se interrumpieron durante dos semanas y, al reanudarse, acudieron ya a la primera reunión hasta 40.000 obreros. A las Asambleas siguieron manifestaciones pacíficas y mítines en el centro de la ciudad. El 25 de julio, el Soviet decidió dar por terminada la huelga en vista de que el hambre empezaba a reinar en los hogares obreros y de que los patronos habían hecho concesiones considerables.

El día en que se dio por terminada la huelga, el Soviet de Iváno-vo-Vosnesensk se disolvió espontáneamente, pero los miembros del mismo siguieron desempeñando el papel de representantes de los obreros. En todas las fábricas éstos seguían considerándolos como a sus «diputados», y en todos los conflictos con la Administración actuaban como representantes de la masa obrera, y los patronos aceptaban este hecho. *(ANDREU NIN, «Los soviets», Bilbao, Zero, 1977.)*

## *Revolución y liberalismo en Rusia (1905)*

EL curso de la revolución rusa en los últimos meses testimonia que la fase a que se ha llegado ahora no es, ni puede ser, la fase superior. El movimiento está en una etapa ascendente, como lo estuvo desde el 9 de enero. Entonces vimos por primera vez un movimiento que asombró al mundo por la unanimidad y cohesión de las grandes masas obreras en lucha por reivindicaciones políticas. Pero ese movimiento carecía aún en grado sumo de conciencia en el sentido revolucionario, y era imponente en cuanto al armamento y a la preparación militar. Polonia y el Cáucaso ofrecieron el modelo de una lucha ya más elevada, en la que el proletariado comenzó en parte a actuar armado y la guerra adquirió un carácter prolongado. La insurrección de Odesa se destacó por la aparición de un nuevo e importante factor de éxito: el paso de una parte de las tropas al lado del pueblo. Cierto es que no produjo éxitos de inmediato: todavía no había sido resuelto el difícil problema de *combinar las fuerzas navales y terrestres* (una de las tareas más arduas hasta para un ejército regular), pero fue planteado, y todos los síntomas indican que los sucesos de Odesa no quedarán como un caso aislado. La huelga de Moscú nos muestra la extensión de la lucha a una zona *auténticamente rusa,* cuya estabilidad fue durante tanto tiempo motivo de alegría para los reaccionarios.

La acción revolucionaria en esa zona reviste una importancia inmensa por el simple hecho de que reciben su bautismo de fuego las masas de un proletariado menos activo, concentrado en una región relativamente pequeña y en cantidad que no tiene igual en ninguna otra parte de Rusia. El movimiento comenzó en Petersburgo, abarcó la periferia de toda Rusia, movilizó a Riga, Polonia, Odesa y el Cáucaso y ahora el incendio se ha propagado al *corazón* mismo de Rusia.

La vergonzosa comedia de la Duma del Estado parece aún más odiosa al lado de esta verdadera acción revolucionaria de la clase auténticamente avanzada y dispuesta a la lucha. Va siendo una realidad la unión del proletariado con la democracia revolucionaria, unión de la que reiteradas veces hemos hablado. Los estudiantes radicales, que tanto en Petersburgo como en Moscú aceptaron las consignas de la socialdemocracia revolucionaria, constituyen la vanguardia de todas las fuerzas democráticas que desprecian la vileza

de los reformistas *demócratas constitucionalistas,* claudicantes ante la Duma del Estado y que tienden a una lucha verdadera, decidida, contra el enemigo jurado del pueblo ruso, y no a las componendas con la autocracia.

Obsérvese a los profesores liberales, rectores, vicerrectores y toda esa compañía de los Trubetskoi, Manuilov y otros... Son los mejores hombres del liberalismo y del Partido Demócrata constitucionalista, hombres de ideas los más instruidos, los más desinteresados, los más emancipados de la presión directa de los intereses e influencias de la bolsa de dinero. ¿Y cómo se comportan esos mejores hombres? ¿Cómo utilizan el primer poder, el poder de administrar las universidades, que les fue conferido por elección? Atemorizados por la revolución, temiendo que el movimiento se agudice y amplíe, tratan de apagar el incendio y de apaciguar, por lo que reciben insultos bien ganados en forma de elogios de los príncipes Mescherski.

Y fueron bien castigados esos filisteos de la ciencia burguesa. Clausuraron la Universidad de Moscú por temor a una matanza en su recinto, pero con eso sólo provocaron una matanza incomparablemente mayor en la calle. Quisieron sofocar la revolución en la universidad, pero sólo lograron encenderla en la calle. Junto con los señores Trépov y Romanov a quienes ahora quieren convencer de que es necesaria la libertad de reunión, se han metido en un atolladero; si cierran la universidad, abren el camino para la lucha en las calles, si abren la universidad, ésta será una tribuna para reuniones revolucionarias populares que promoverán a nuevos y aún más decididos combatientes por la libertad.

¡El ejemplo de esos profesores liberales es muy ilustrativo para valorar nuestra Duma del Estado! ¿No está claro ahora, después de la experiencia de las universidades que los liberales y kadetes temen por el *destino de la Duma,* del mismo modo que esos lamentables paladines de la ciencia barata temieron por el *destino de las universidades?* ¿No está claro ahora que los liberales y kadetes no pueden usar la Duma para otra cosa que la prédica aún más amplia, aún más hedionda, del pacífico progreso legal? ¿No está claro ahora cuán ridículas son las esperanzas de convertir a la Duma en una asamblea revolucionaria? ¿No está claro ahora que para *influir* sobre el viejo régimen autocrático en su conjunto y no particularmente sobre la Duma ni sobre las universidades, hay un solo camino, el *camino que señalan los obreros de Moscú,* el camino de la insurrección popular?

Por este camino se llegará a algo más que obligar a los Manuilov a pedir la libertad de reunión en las universidades, y a los Petrunkiévich a pedir en la Duma la libertad para el pueblo: por este camino se *conquistará* la auténtica libertad para el pueblo.

Los acontecimientos de Moscú han mostrado el verdadero agrupamiento de las fuerzas sociales: los liberales hicieron gestiones en nombre del Gobierno ante los radicales, exhortándolos a desistir en la lucha revolucionaria. Los radicales lucharon en las filas del proletariado. No olvidemos, pues, esta lección: también se relaciona directamente con la Duma del Estado.

Que los Petrunkiévich y demás kadetes se dediquen a jugar al parlamentarismo en la Rusia autocrática; los obreros proseguirán la lucha revolucionaria por un auténtico poder soberano del pueblo.

Sea cual fuere el final del estallido insurreccional en Moscú, de cualquier modo el movimiento revolucionario resurgirá más fortalecido (...). *(V. I. LENIN, «Proletari», 17-X-1905, recogido en 1905. «Jornadas Revolucionarias». Buenos Aires, 1974.)*

*Revolución, revolucionarios y vida cotidiana*

EN los cincuenta y dos días que duró el primer Soviet, entre éste, el Comité Ejecutivo, los mítines, que no se acababan nunca, y los tres periódicos, no tenían un momento de descanso. Todavía es hoy el día en que no sé cómo pudimos vivir en aquella vorágine. Proyectadas sobre el pasado, hay muchas cosas que uno no se explica, y es natural, pues en el recuerdo se borra el dinamismo, y uno se contemplará a sí mismo, en cierto modo, como a persona extraña. Mas en aquellos días, nuestra actividad no dejaba nada que apetecer. Y no sólo dábamos vueltas en la vorágine, sino que contribuíamos a crearla. Allí todo se hacía de prisa, vertiginosamente. Y, sin embargo, no nos salió del todo mal; hasta hubo algunas cosas que resultaron magníficamente bien. D. M. Herzenstein, un viejo demócrata, médico, que era el redactor responsable de nuestro periódico, presentábase alguna que otra vez en la Redacción, con su levita negra impecable, se plantaba en medio de la pieza y quedábase maravillado del caos que reinaba allí. Al año siguiente hubo de comparecer ante los Tribunales a responder de la furia revolucionaria del periódico, en el que no había influido en lo más mínimo. El viejo no nos traicionó.

Por el contrario, con los ojos arrasados en lágrimas, contó a los jueces cómo aquellos hombres que tenían en sus manos la redacción del periódico más popular de Rusia, vivían de unos cuantos pasteles secos que el portero les llevaba, envueltos en papel de periódico, de la panadería más próxima, y que engullían sin levantar cabeza de su trabajo. Y el pobre viejo hubo de pasarse un año en la cárcel, como castigo a la revolución que no había triunfado, a su amistad con los emigrados y a los pasteles secos...

*Diríase* —escribe Witte en sus *Recuerdos— que en el año 1905 la gran mayoría de Rusia se había vuelto loca.* A los conservadores, la revolución les parece un estado de demencia colectiva, sólo porque exalta hasta la culminación la «locura normal» de las contradicciones sociales. Hay muchos que se niegan a reconocer su retrato si se les presenta en atrevida caricatura.

Todo el proceso social moderno nutre, intensifica, agudiza hasta lo intolerable las contradicciones, y así va gestándose poco a poco esa situación en que la gran mayoría *se vuelve loca.* En trances tales, suele ser la mayoría demente la que pone la camisa de fuerza a la minoría que no ha perdido la cordura. Y la historia sigue adelante.

El caos revolucionario es algo muy distinto a un terremoto o una inundación. En el seno del desorden de las revoluciones empieza a dibujarse automáticamente un orden nuevo; los hombres y las ideas van ordenándose en torno a nuevos ejes. Sólo a aquellos a quienes barre y aniquila puede parecer la revolución la locura absoluta. Para nosotros era, aunque tempestuoso y agitado, nuestro elemento. Cada cosa ocupaba su lugar y su hora, y había quienes disponían aún de tiempo para sus negocios personales, para enamorarse, para echarse amigos nuevos, y hasta para asistir a las funciones en los teatros revolucionarios. A Parvus le entusiasmó de tal manera una comedia satírica nueva que vio representar, que sin aguardar a más, sacó allí mismo cincuenta entradas con destino a la función siguiente, para repartirlas entre sus amigos. Acababa de cobrar —importa tenerlo presente— los honorarios de algunos libros. Cuando le detuvieron y le encontraron en el bolsillo las cincuenta entradas para el teatro, los gendarmes no sabían qué pensar. ¿Qué misterio revolucionario era aquél? Parvus todo lo hacía a lo grande. *(LEON TROTSKI, «Mi vida», Akal, Madrid, 1979.)*

# Conoce el Patrimonio Histórico Andaluz

**Iglesia-mezquita de Nuestra Señora de la Concepción.
Almonaster la Real, Huelva (foto Domínguez Toro).**



*Consejería de Cultura*

*Dirección General de Bienes Culturales*

*JUNTA DE ANDALUCIA*